

198

**LA NOVELA  
CORTA**

1

Escenas Matritenses  
por  
**MESONERO ROMANOS**

NUMERO  
F.OMENAJE

**10 cts.**



## Semblanza literaria

# D. Ramón de Mesonero Romanos

POR

**CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)**

Una de las figuras literarias más simpáticas del pasado siglo es sin duda la de Mesonero Romanos. Nacido en Madrid en 1803 tuvo en su infancia la triste visión de las luchas que sostuvo España en la llamada guerra de la independencia y los terribles cuadros del *año del hambre*, que narra en sus *Memorias de un Setentón*, con una precisión y una frescura de espíritu admirables. Tal vez esta impresión infantil y las escenas presenciadas en la desdichada época del absolutismo apartaron para siempre a Mesonero Romanos de la política y lo decidieron a cultivar el género literario en que no ha sido superado por nadie.

Madrid debe la mayor parte de su belleza y su engrandecimiento en el siglo pasado al esfuerzo de Mesonero, que después de sus viajes por Francia e Inglaterra escribió su *Apéndice del Manual de Madrid* en el que describía *lo que Madrid era y en el Apéndice, lo que debía ser*.

Como costumbrista Mesonero Romanos es ameno y está lleno de un humor amable que retrata sin censurar. Su obra no es crítica, es narrativa; quiere conservar la impresión de un momento dado como podría hacerlo un pintor: así toma las escenas sueltas, las compone como cuadros; y nos deja en ella aquellas costumbres que tan rápidamente han desaparecido. En *Escenas Matritenses*, en *Los españoles pintados por sí mismos*, Mesoneros nos ha dejado una obra de un extraordinario valor documental. El hizo célebre su pseudónimo *El Curioso Parlante* llegando a ser el escritor más popular de su tiempo. Larra dijo de él que «había acertado a sacar la mascarilla de Madrid» y comparándolo con Jouy decía que era «más ameno y menos superficial.»

Sus méritos lo llevaron a ocupar un puesto en la *Real Academia Española* y fué agraciado con la Cruz de Caballero de la Orden de Carlos III, que no se puso nunca, porque Mesonero Romanos, hijo de una familia rica y distinguida, casado con una de las más hermosas mujeres de Madrid, hija del General Ichazo, mimado por el éxito en todos los órdenes; fué siempre de una modestia excesiva en sus gustos y costumbres y repetía con frecuencia:

«Las veneras y entorchados  
de que andan cargados otros  
me parecen propios de ellos  
como de mí mis anteojos.»

En cambio estuvo siempre dispuesto a prestar su concurso a todo lo que pudiera ser útil. Fundó y dirigió el *Semanario Pintoresco* en el que introdujo en España el grabado en madera, y donde se dieron a conocer tantos ingenios de su tiempo. Mesonero fué el alma de la renovación literaria y el que más contribuyó a la fundación de Sociedades tan importantes como el Ateneo el Liceo y la Sociedad Económica Matritense; sirvió gratuitamente todos los cargos que le asignaron en las direcciones y juntas de beneficencia, en la caja de ahorros y escuelas de párvulos y en las bibliotecas; pero nunca quiso intervenir en política diciendo que eso *no constituía su misión sobre la tierra*.

Solo fué concejal, contra su gusto, y no tomó apenas parte en las sesiones del Ayuntamiento, él que ha hecho por Madrid más que ningún edil, pudiendo hacer y que tiene su principal aureola como madrileño castizo y conecedor de su ciudad.

# ESCENAS MATRITENSES

POR

R- 9498 A

## Mesonero Romanos

EL DIA DE TOROS



CASA DE VECINDAD

En la parte más intrincada y costanera del antiguo y famoso cuartel de Lavapies, siguiendo por la calle de la Fé, como quien se dirige a la parroquia de San Lorenzo, y revolviendo después por la diestra mano para ganar una altura que se eleva sobre la izquierda, hay una calle, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, que tiene por apéndice oriental un angosto y desusado callejón, de cuyo nombre no me acordaría aunque quisiera.

Entre esta calle y este callejón, y formando escuadra los límites ordinarios de ambos, descuella sobre las inmediatas un caserón de forma ambigua, tan caprichoso y heterogéneo en el orden de sus fachadas como en el de su distribución y mecánica interior. El aspecto de la primera de ellas, que sirve a la calle principal, no ofrece ni en la forma de su entrada, ni en la triple fila de balcones, ninguna discordancia con la de los demás edificios que pueblan el casco de esta noble capital; ántes bien, sujeta en un todo a las formas autorizadas por el uso, encubre con el velo de cándida vestal (inocente disfraz harto común en las casas de Madrid) deformidades y faltas de más de un género. Por el opuesto lado es otra cosa; el color primitivo de la pared, en que la azarosa mano del tiempo, ha impreso todos sus rigores, la combinación casual de ventanas y agujeros, el alero prolongado, el estrecho portal, y más que todo la extravagante adición de un

corredor descubierta y económicamente repartido en sendas habitaciones o celdillas, prestan al todo del edificio un aspecto *romántico*, que revela su fecha y el gusto de la época de su construcción.

El interior de esta mansión no es menos fecundo en halagüeños y significativos contrastes. Cualquiera que entre por la escalera principal no advertirá en la respectiva colocación de las puertas de cada piso, notable disparidad con la que está acostumbrado a ver en las demás casas de Madrid, y costarále trabajo persuadirse de que en esta pueda encontrar habitación independiente sesenta y dos familias que puesto que habitantes de un mismo pueblo, de un mismo barrio, de una misma casa, representan ocupaciones, gustos y necesidades, tan distintos entre sí, como son discordantes los guarismos que forman el precio de su alquiler. Empero esta duda cesará de todo punto, si guiado por la natural curiosidad, acierta a traspasar el límite que separa la aristocracia de la tal casa, de la parte que constituye su tripulación popular.

Preséntasele, pues, para este paso al nuevo Magallanes, un nuevo estrecho o pasillo que le conduce desde el piso segundo al cuadrado patio, en torno del cual se ostenta el abierto corredor de que arriba dejamos hecha mención. La multiplicidad de las puertas de las viviendas que interrumpen el lienzo, causarásle por el pronto alguna confusión, pero muy luego adoptará por brújula para navegar en tan procelosos mares los sendos números que mirará estampados sobre cada una de aquellas. Por último, si limitado al objeto de mero descubridor, buscárá la salida de aquel archipiélago y, su comunicación con la calle, no será para él objeto menor de admiración el encontrarla directamente a aquella altura (el piso segundo) por la parte del callejón excusado; notable desnivel de algunos sitios de Madrid, que permite a varias de sus casas tan estrambótica construcción.

## II

### ANTES DE LA CORRIDA

En el intrincado laberinto que queda bosquejado, todo era animación y movimiento uno de los pasados lunes, en que según la piadosa y antigua costumbre, celebraba la Junta de hospitales una de las funciones de la temporada en el ancho circo de la puerta de Alcalá. Era *día de toros*, y los que conocen la influencia de estas palabras mágicas para la población madrileña, pueden calcular el efecto producido por semejante causa en las trescientas setenta y dos personas que por término medio pueden calcularse cobijadas bajo aquel techo.

El movimiento, pues, estaba a la orden del día, y por emblema de él ostentábase a la puerta principal un almagrado coche de camino, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, y arrastrado por seis vigorosas mulas, cubiertas lascochieras de campanillas y cascabeles al paso que por la puerta del costado dejábanse contar hasta cuatro calesines de forma análoga, dirigidos por mitad entre los meneguados callejeros de sus varas, y los despiertos mancebos de sombrero de cucurucho, cinto y marsellés.

Del ya referido coche acababa de desembarcar un apuesto caballero; ni tan viejo que ostentase blanca cabellera sobre su frente, ni tan joven que se hallara comprendido en el último alistamiento militar. Y mientras atusándose el pelo dictaba desde el portal las órdenes convenientes al cochero, era sin advertirlo, el objeto de curiosidad general de entrambas calles, en cuyos balcones y ventanas el ruido del coche había hecho aparecer multitud de espectadores de todos sexos y condiciones.

—Oyes, Paca, la del número 12, ¿conoces a ese señor de tantas campanillas que se ha apeado en el portal?

—Toma si le conozgo; ¡si es mi casero el percurador! ¡todos los domingos me hace una vesita por el monís!

—¡Fuego, hija, y qué casero tan aquel que viene a visitar en coche a sus enquilinos.

—Yo le diré a usted señá Blasa: me explicaré; lo que es por la presente no viene a por cuartos, y en tal caso no son de cobre por cierto.

—¿Trampillas tenemos? ¡Ay, cuenta, cuenta, hija, que no hay como escuchar para aprender! Apostaré a que lo dices por cierto sombrerillo de raso que veo asomar por entre las cortinas del principal.

—Pues... ya me entiende usted, ¡Ay, Jesús, y qué encapotado está el tiempo!

—No temas, muchacha, que pronto cambiara.

—Diga usted, madre Blasa, usted que endiña desde ahí la muestra: ¿a cuántos apunta el reloj?

—Dos en punto si no veo mal.

—Pues punto y coma, que hay morós en la costa y salvajes en portillo.

—¡Qué lengua, qué lengua, señá Paca!

—Calle, tío Mondongo, ¿usted, está ahí? ¿y quién le mete a usted en la conversación de las presonas? Más le valiera cuidar de su tía Mondonga y de su hija, que no entrarse en donde no le llaman.

—Me llaman y me importa, señá Paca, que al cabo soy hombre de ley, y no puedo ver esos tiruleques.

—¡Ay, Jesús! ¡Llamar al abogado de probes para que se lo cuente a su señoría!

—Pues tengo mil razones, y mi conciencia es conciencia; y ¡digo! ay que no es nada; estar sacando al aire, como quien no dice nada, los trapos de nuestro casero don Simón Papirolario, honrado percurador, administrador judicial por la justicia de esta casa de mostrencos.

—El mostrenco será él y usted que le abona, vaya usted a decirselo de mi parte, y que le baje el cuarto que harto subido está sobre el tejao.

—Dice bien el tío Mondongo, Pacorra; ¿qué tienes tú que meterte en cuidaíos ajenos, y si don Simón visita a la señá Catalina y si viene por ella para llevarla a los toros, y si la viste y la calza y la dá de comer y el cuarto de valde; y si es casao y con tres hijos que deja en casa, y si doña Catalina tiene otro cortejo por otro lao y, si... en fin, cada uno se gobierna como puede, y a quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga.

—Que se la bendiga en buen hora, marío, y a tí te dé magin para echar sermones y a mí paciencia para oírlos; pero ahora que me acuerdo, no ha venido todavía tu compadre?

—Mi compadre estará legitimamente ocupao, que es el que pone el hierró a las banderillas.

—No digo ese, sino el Chato que tiene que venir por mí para llevarme a los toros.

—Ese no es mi compadre cahalla, que es el tuyo; y si no fuera por armar un escándalo, no te dejaría ir con él.

—Calla, mal genio, que no te quedarás en casa, y puedes irnos a esperar a la vuelta a la taberna de la Alifonsa.

—Bien sabe Dios que solo la necesitá...

—Tiene cara de hereje, Juancho, y tú no la tienes mejor por cierto.

—¡Eh! hombre, ¡cuidaio! ¿Dónde diablos vas a pasar?

—Adonde quiero y puedo; y háganse toos a un lao de la calle y dejen a mi carroza la puerta franca.

—Pues nosotros hemos llegado antes.

—Pues yo llego siempre a tiempo, y... hola... muchacho, aguija la bestia y que salté sobre esas otras.

—Huí... sóo... ráa... iak... eh... atrás...

—Vaya, señores, ahora que estamos acomodados, la paz; y caa uno se espere mientras me apeo, que ya saben que soy hombre de malas pulgas.

Y aquí un sordo murmullo de reniegos y juramentos, reconcentrados por aquella prudencia que dicta el miedo, acompañó respetuosamente al descenso del *Chato*, que era el que en tal momento se apeaba de su carruaje de dos ruedas.

### III

## MIENTRAS LA CORRIDA

Ya nos han dejado solos, tío Mondongo, a mi con los puntos de mi calceta, y a usted con su banquillo y su piedra, a mí echando al aire mis arrugas, y a usted asomando los cuernos al sol.

—¡Qué quiere usted, señá Blasa! la juventú es juventú, y nosotros...

—Usted, será el viejo, que yo a Dios gracias todavía tengo mi alma en mi armario, y mi cuerpo donde Dios me lo puso, y si no fuera por el hambre del año 12 que me hizo caer los dientes y el pelo, todavía era negocio de salir a la plaza a echar una suerte: pero dejando esta plática y viniendo a lo del día. ¿Sabe usted que se me hacían los dientes, digo las encías, un agua pura al ver la alegría de nuestra gente?

—Ello dirá, tía Blasa, ello dirá; y tras del día viene la noche, y al fin se canta la gloria.

—Vaya, hombre, que no parece sino que viene de casta de disciplinantes: ¿pues qué mal hay en que la gente se divierta y se ponga maja? Pero a propósito, ¿sabe usted que la Paca iba que ni una reina de Gito con aquel guardapiés encarnado, y delantal de flores y medias negras caladas hasta la liga, y pañuelo amarillo, y roete de cesto y mantilla al hombro? Cierito que el *Chato* es hombre que lo entiende, y que no hace mal el tío Juancho en tener paciencia.

—Chito, tía Blasa, que las paredes oyen.

—¡Qué! Tío Mondongo, si aquí no nos oyen más que las golondrinas.

—Pues una vez que es así, sepa usted (y dejemos un rato el mandil, que de menos nos hizo Dios, y la noche diz que se ha hecho para dormir y el día para descansar); sepa usted pues, como iba diciendo, que luego que se marcharon todas las calesas y en ellas los ya dichos, y el Bereque y la Curra, con Malgesto y el banderillero. Lamparilla con la mujer del herrador, y éste con la hija del aguacil, y después que nos quedamos solos yo y mi chica (que es una muchacha que ni pintada, y que no quiere ir a los toros por más que la pedrico), vino el dengue, el filé, el lechuguino de los bigotillos y la pera, y miró al balcón del principal; se acercó callandito a la rejilla de la escalera, dió dos golpecitos, y le abrió la vieja y allá se coló; con que si vuelve el procurador, ¿sabe usted que es lance?

—¡Ah, ah, ah!

—Ello dirá, señora Blasa, ello dirá.

—Pero dígame usted, ¿qué ruido infernal es ese que salió hace un rato por ese bujero del diablo?

—¡Qué quiere usted que sea! los siete chicos de la tuerta que se han quedado solos y están jugando al toro con un gato de la guardilla del rincón.

—¡Pobres criaturas! pero en fin, ellos podrán dejar las divisas cuando quieran mientras que su pobre padre...

—Pues no praa ahí lo mejor, sino que la puerta del ebanista está abierta, y hay quien sospecha en el barbero de enfrente, que ha sido aprendiz de herrador, y así parece hecho para afeitár barbas, como para rapar la bolsa al prójimo.

—Yo no quería decirlo a usted, pero me parece que cuando estaba comiendo vi salir una caña por cierto agujero, que encaminándose a la guardilla de la Paca, enganchó por su propia virtud en los pañales que estaban colgados, pero no lo quisiera afirmar, porque como mi vista es débil, y luego los antojos se me quebraron la otra noche leyendo el Bertoldo...

—Ahora que dice usted Bertoldo, ¿no sabe usted que el Cacasenillo del alguacil del número 13 ha dado en requebrar a la Paca, y en querérsela disputar a su marido y al banderillero y lo que aún es más, al matachín del Chato, que es capaz de enristrar alguaciles como el toro a los dominguillos?

—¡Ah, ah, ah!... me ha hecho usted reir con la comparación, y a fe que es menester haber vivido años para entenderla.

—El año 89 si mal no me recuerdo.

—Y es la verdad; yo estaba en la plaza y acababa de casarme con mi marido Rodríguez (que Dios allá tenga) cuando echaron al toro dominguillo; pero a propósito de dominguillo, ¿dice usted que lechuguino quedaba en el principal con la criada?

—Pues; para mientras venga el ama con don Simón.

—¿Y está usted seguro de ello?

—Toma si lo estoy.

—Seguro.

—¿Seguro?

—¿Un muchacho como de veintidós, alto, bien plantado, bigote rubio, barbas capuchinas, pantalón colorado, levita corta y sombrero ladeado, bastoncillo y espolines?

—Ese mismo, ese mismo es.

—Pues es el caso que, si no veo mal, paréceme que le miraba ahora mismo salir por el portal de la otra calle, con una muchacha de vestido corto, color de oasa, delantal y mangas huecas, mantilla de tira, y...

—¡Qué! No, no lo crea usted, tia Blasa, si no ha quedado en casa más moza de esas señas que mi hija.

—Es que pudiera ser que acaso fuera su hija de usted.

—¿Mi hija? Sí, bonita es ella; ahora quedaba allá dentro espulgando al dogo; Juanilla... Juanilla... ¡Diantres! no responde; voy a ver.

—No se moleste usted, tío Mondongo, que hace ya rato que doblaron la esquina.

#### IV

### DESPUÉS DE LA CORRIDA

—Perdone usted, señor alcalde, que no fué así como lo ha contado mi marío, porque él se quedó en cá e la Alfonsa durmiendo la mona y no supo náa del sucedido.

—Pues diga usted cómo fué.

—Yo, señor, ya ve usted, soy una probe mujer y no sé expricarme de corrido; pero el señor es mi marido, y su conduta es la que usted ve, siempre borracho y sin trabajar, conque de algún modo ha de comer una y tener cuatro trapos.

—Vamos al caso.

—Pues al caso voy; ello es que el que tiene la culpa de todo es un amigo de la casa y muy compadre, como tóo el mundo sabe, que llaman Malgesto, y capaz de plantar una banderilla al lucero del alba, cuanto ni más al toro; pues como iba diciendo, este tal me tenía dicho: «Paca, no quiero que mires al Chato, porque sí tal haces le voy a cortar las pocas narices que le quedan.»

—¡Que sí!, decía yo, y como ya ve su señoría o su merced; el gusto es gusto, y en dengún catecismo he visto el pecado *no mirárs*; yo, ya se ve, no le hacía caso, y...

—Adelante, fué usted con el otro a los toros.

—Pues ahí está, porque tomó su calesa y me llevó, que yo no fuí sola, y esto cualquiera lo hubiera hecho, y señoronas conozgo yo...

—Al grano, al grano.

—El grano es un grano de anís, como quien dice, porque el otro desde la plaza mira que te mira, no nos quitaba ojo en toa la corrida, y ponía las banderillas en cruz, y nos las juraba con unos gestos que Dios nos libre.

—Pero al cabo...

—Al cabo se acabó con el último toro como es costumbre, y todos nos íbamos en paz y en gracia de Dios, cuando al salir de la plaza, el Chato se desapareció no sé cómo, y yo que me esperaba encontrarle al pie de la calesa, ¿a quién dirá usted que me encontré?, pues fué náa menos que al banderillero, que diciéndome: «¡Ingrata!, no, endina (me dijo) ¿es este el modo de obedecer mis preceos?»

—Yo le dije... pero no, entonces no le dije nada, como que estaba encogida; pero sólo le hice un gesto y aun no sé si algo más. El no me respondió más que dos o tres juramentos y algunos reniegos, y luego agarrando a la Curra que venía conmigo, la subió por fuerza a la calesa; en seguida puso una rodilla en tierra y me la presentó como estribo, diciéndome por lo bajo: —«Paca, si no subes mato al Chato»—; y yo, ya ve su señoría, soy mujer de bien y no quiero la muerte de naide.

—¿Conque en fin, qué hizo usted?

—¿Qué había de hacer?, subí.

—¿Y después?

—Después fué la jarana, porque la Curra, que para servir a su señoría es, según dicen malas lenguas, mujer de Malgesto, empezó a gruñir, y yo también, y él nos quiso tranquilizar y nos dió dos o tres bofetones a cada una; pero nosotras empezamos a menudearle y menudearnos; y ya ve usía, la defensa es natural; por último que se espantó el caballo y por poco nos vuelca; pero en fin, nos apeamos en la calle del Barquillo, y él ya había echado a correr, y luego la Curra, y no he vuelto a saber más de ellos.

—¿Conque nada más tiene usted que alegar?

—Nada más.

—¿Y se ratifica usted en ello?

—Me ratifico en que soy mujer de bien, incapaz de dar escándalos, sino que a veces no puede una... pero ahora voy a quejarme yo a su señoría, que también tengo mi por qué.

—Veamos.

—En primer lugar me quejo de toda la vecindad, porque me han robado todo lo que tenía en casa y dejado por puertas.

—¿Y cómo puede usted probar?...

—Puedo probar que me han robado, que es lo principal; en segundo lugar, me quejo de mi marido porque no me defiende en mis peligros; en tercer lugar, me quejo de la Curra por catorce arañoses y diez pellizcos, amén de algunos zapatazos donde no se puede nombrar; además me quejo del alguacil porque se empeña en llevarme a la cárcel, y todo porque le hice una mueca el día de San Antón, que quiso requebrarme; por último, me quejo de usía, porque desde que es alcalde de este barrio..



—Calle usted, demonio, que ya no la puedo sufrir más, o por el alma de mi padre que la pongo una mordaza que no se le caiga tan pronto.

—Veamos otro. ¿Usted, buen hombre, qué quejas tiene usted que proponer a la autoridad? Sea breve y yo le prometo justicia.

—Yo, señor, me llamo Cenón Lanteja, alias Mondongo; tengo una hija que se llama Juanita, alias la Perla.

—Adelante sin más ribetes, seor Mondongo, que si volviera a echar otro alias, por este bastón que empuño que no le baje la multa de cuarenta ducados.

—Pues señor, claro, esta muchacía tan recatada se me ha ido con un lechuguino a los toros, y...

—Aquí entro yo, señor alcalde; yo me quejo de ese pícaro, que después de hacerme salir de casa de mi padre no me llevó a los toros, y sabe Dios...

—Señor alcalde, palabra.

—Señor don Simón y muy señor mío, ¡qué gentecita tiene usted en casa!

—Calle usted por Dios, señor, que todas son cuitas; pues ya usted sabe que en el principal tengo una parienta joven, a quien su tío, oidor de Filipinas, me dejó recomendada al morir.

—Sí, sí, ya lo sé todo, y sé también que la convida usted a los toros y...

—Pues ahí voy: después de hacer con ella los oficios de padre, ¿sabe usted con lo que me encuentro?

—¿Qué?

—¡Ahí es nada! Que al volver con ella a su casa, me he hallado en la escalera a un galancete joven, que cuando le he descubierto, me insulta, me desafia, y...

—Pues no es eso lo mejor, señor don Simón, sino que su esposa de usted, según me da dicio el escribano, ha estado este mañana en mi casa a quejarse de su infidelidad, y a ponerle, como quien no quiere la cosa, demanda de divorcio.

—¿De divorcio?

—Yo la he procurado calmar y desengañar, aconsejándola que para esto se dirija al tribunal de mostrencos, porque como usted tiene ese carácter...

—Señor alcalde, señor alcalde.

—¿Alguacil?

—Que vienen a avisar que a la puerta de la taberna de la tía Alfonso se han dado dos hombres de navajadas y han quedado los dos muy mal heridos.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ellos son!

—¡El Chato!

—¡Malgesto!

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

—Orden—dijo el alcalde pegando un bastonazo en el suelo—. ¿Hay aquí algún hombre bueno?... Nadie responde; pues bien, sirva usted, escribano, por esta vez, y apúnteme un prospecto de providencia, a ver, lea usted.

«En la villa de Madrid a tantos de tal mes, etc., vistos, juzgamos, que debíamos mandar y mandábamos, que al muerto, si le hubiere, se le dé cómoda sepultura, y el herido sea conducido al santo hospital: que a la llamada Paca la Zandunga, mujer del Juancho, se la encierre en galeras por dos años, y lo mismo a la otra moza, alias la Curra, de estado indirecto: condenamos al zapatero Mondongo a un encierro de tres meses por no haber sabido encerrar a su hija, y a ésta a las arrepentidas para que tenga tiempo de llorar sus extravíos: que a la señora del principal y al amante incógnito se les remita al cura de la parroquia para que los case, bajo partida de registro, y que cada uno de los vecinos de la casa pague diez ducados de multa; últimamente, al representante de los mostrencos, don Simón Papirolario, se condena en las costas del proceso y cien ducados más; sin que esta nuestra sentencia pueda perjudicar en lo más mínimo a la buena opinión y fama de los causantes, y hágase saber a las partes para su ejecución y debido cumplimiento.—El Sr. D. Crisanto de Tirafloja, maestro guarnicionero y alcalde de este barrio, lo mandó entre dos luces por ante mí el

«Infrascripto escribano de S. M., hoy lunes 17 del corriente del año del Señor  
«de 1836.—*Gestas de Uñate.*»

Ninguno de los presentes se conformó con la sentencia, porque el juez era *lego* y no la podía dar a pesar de que la dió: pero luego fueron ante otros jueces *profesos*, y la cosa en substancia vino a ser la misma, con el apéndice de otros seis meses de encerrona mientras se *sustanciaba* el proceso con todos los requisito legales.

Tal fué el resultado de aquel *dia de toros*; la riqueza pública perdió en él, es verdad, aquel tiempo y aquellos brazos; la agricultura algunos animales destinados a su fomento; los establecimientos públicos el fruto de la caridad y de las contribuciones; las costumbres sintieron la falta del pudor y la decencia; y la religión el olvido de los sentimientos más nobles y generosos; pero en cambio dos personas tuvieron ocasión de felicitarse y salir gananciosas, a saber, la taberna-  
ra Alfonsa y el escribano don Gestas. ¡Feliz compensación!

(*Mayo de 1836.*)

## EL ROMANTICISMO Y LOS ROMANTICOS

«Señales son del juicio  
ver que todos lo perdemos,  
unos por carta de más  
y otros por carta de menos.»

Lope de Vega.

Si fuera posible reducir a un sólo eco las voces todas de la actual generación europea apenas cabe ponerse en duda que la palabra *romanticismo* parecería ser la dominante desde el Taio al Danubio, desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo (¡cosa singular!), esta palabra tan favorita, tan cómoda, que así aplicamos a las personas como a las cosas, a las verdades de la ciencia como a las ilusiones de la fantasía; esta palabra que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten, todavía carece de una definición exacta que fije distintamente su verdadero sentido.

¡Cuántos discursos, cuántas controversias han prodigado los sabios para resolver acertadamente esta cuestión!, y en ellos ¡qué contradicción de opiniones, qué extravagancia singular de sistemas!... «¿Qué cosa es romanticismo?...» (les ha preguntado el público), y los sabios le han contestado cada cual a su manera. Unos le han dicho que era todo lo ideal y romanesco; otros, por el contrario, que no podía ser sino lo escrupulosamente histórico, cuáles han creído ver en él a la naturaleza en toda su verdad; cuáles a la imaginación en toda su mentira; algunos han asegurado que sólo era propio a describir la Edad Media; otros le han hallado aplicable también a la moderna; aquéllos le han querido hermanar con la religión y con la moral; éstos le han echado a reñir con ambas; hay quien pretende dictarle reglas; hay, por último, quien sostiene que su condición es la de no guardar ninguna.

Dueña, en fin, la actual generación de este pretendido descubrimiento, de este mágico talismán, indefinible, fantástico, todos los objetos le han parecido propios para ser mirados al través de aquel prisma seductor; y no contenta con sub-

yugar a él la literatura y las bellas artes, que por su carácter vago permiten más libertad a la fantasía, ha adelantado su aplicación a los preceptos de la moral, a las verdades de la historia, a la severidad de las ciencias, no faltando quien pretende formular bajo esta nueva enseña todas las extravagancias morales y políticas, científicas y literarias.

El escritor osado, que acusa a la sociedad de corrompida, al mismo tiempo que contribuye a corromperla más con la inmoralidad de sus escritos; el político, que exagera todos los sistemas, todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina el feudalismo y la república; el historiador, que poetiza la historia; el poeta, que finge una sociedad fantástica y se queja de ella porque no reconoce su retrato; el artista, que pretende pintar a la naturaleza aún más hermosa que en su original; todas estas manías que en cualesquiera épocas han debido existir y sin duda en siglos anteriores habrán podido pasar por extravíos de la razón o debilidades de la humana especie, el siglo actual, más adelantado y perspicuo, las ha calificado de *romanticismo puro*.

«La necedad se pega» ha dicho un autor célebre. No es esto afirmar que lo que hoy se entiende por romanticismo sea necedad, sino que todas las cosas exageradas suelen degenerar en necias; y bajo este aspecto la romántico-manía se pega también. Y no sólo se pega, sino que al revés de otras enfermedades contagiosas que a medida que se transmiten pierden en grados de intensidad, ésta, por el contrario, adquiere en la inoculación tal desarrollo, que lo que en su origen pudo ser sublime, pasa después a ser ridículo; lo que en unos fué un destello del genio, en otros viene a ser un ramo de locura.

Y he aquí por qué un muchacho que por los años de 1811 vivía en nuestra corte y su calle de la Reina, y era hijo del general francés *Hugo*, y se llamaba *Victor*, encontró el romanticismo donde menos podía esperarse, esto es, en el Seminario de nobles; y el picaruelo conoció lo que nosotros no habíamos sabido apreciar y teníamos enterrado hace dos siglos con Calderón; y luego regresó a París, extrayendo de entre nosotros esta primera materia, y la confeccionó a la francesa, y provisto como de costumbre con su patente de invención, abrió su almacén; y dijo que él era el Mesías de la literatura, que venía a redimirla de la esclavitud de las reglas; y acudieron ansiosos los noveleros, y la manada de imitadores (*imitatores servum pecus*, que dijo Horacio) se esforzaron en sobrepujarle y dejar atrás su exageración; y los poetas transmitieron el nuevo humor a los novelistas; estos a los historiadores; estos a los políticos; estos a todos los demás hombres; estos a todas las mujeres; y luego salió de Francia aquel virus ya bastardeado, y corrió toda la Europa, y vino, en fin a España, y llegó a Madrid (de donde había salido puro), y de una en otra pluma, de una en otra cabeza, vino a dar en la cabeza y en la pluma de mi sobrino, de aquel sobrino de que ya en otro tiempo creo haber hablado a mis lectores; y tal llegó a sus manos, que ni el mismo *Victor Hugo* le conociera, ni el Seminario de nobles tampoco.

La primera aplicación que mi sobrino creyó deber hacer de adquisición tan importante, fué a su propia física persona, esmerándose en poetizarla por medio del romanticismo aplicado al tocador.

Porque—decía él—la fachada de un romántico debe ser gótica, ojiva, piramidal y emblemática.

Para ello comenzó a revolver cuadros y libros viejos, y a estudiar los trajes del tiempo de las Cruzadas; y cuando en un códice roñoso y amarillento acertaba a encontrar un monigote formando alguna letra inicial de capítulo, o rasguñaba al margen por infantil e inexperta mano, daba por bien empleado su desvelo, y luego poníase a formular en su persona aquel trasunto de la Edad Media.

Por resultado de estos experimentos llegó muy luego a ser considerado como la estampa más romántica de todo Madrid, y a servir de modelo a todos los jóvenes aspirantes a esta nueva, no sé si diga ciencia o arte. Sea dicho en verdad; pero si yo hubiese mirado el negocio sólo por el lado económico, poco a nada podría sacar de ello: porque mi sobrino, procediendo a simplificar su traje,

llegó a alcanzar tal rigor ascético, que un ermitaño daría más que hacer a los *Utrillas y Rougets*. Por de pronto eliminó el frac por considerarle del tiempo de la decadencia, y aunque no del todo conforme con la levita, hubo de transigir con ella como más análoga a la sensibilidad de la expresión. Luego suprimió el chaleco, por redundante; luego el cuello de la camisa, por inconexo; luego las cadenas y relojes, los botones y alfileres, por minuciosos y mecánicos; después los guantes, por embarazosos; luego las aguas de olor, los cepillos, el barniz de las botas y las navajas de afeitar, y otros mil adinículos que los que no alcanzamos la perfección romántica creemos indispensables y de todo rigor.

Quedó, pues, reducido todo el atavío de su persona a un estrecho pantalón que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta; un pañuelo negro descuidadamente atudado en torno de ésta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él descogábanse de entranbos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado, que formando un bucle convexo se introducían por bajo de las orejas, haciendo desaparecer estas de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuación de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear a dos mejillas lividas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío; una frente triangular y fatídica. Tal era la *oera efigies* de mi sobrino, y no hay que decir que tan uniforme tristura ofrecía no sé qué de siniestro e inanimado, de suerte que no pocas veces, cuando cruzado de brazos y la barba sumida en el pecho se hallaba abismado en sus tétricas reflexiones, llegué yo a dudar si era él mismo o sólo su traje colgado en una percha; y acontecióme más de una ocasión el ir a hablarle por la espalda, creyendo verle de frente, o darle una palmada en el pecho, juzgando dársela en el lomo.

Ya que vió romantizada su persona, toda su atención se convirtió a romantizar igualmente sus ideas, su carácter y sus estudios. Por de pronto me declaró rotundamente su resolución contraria a seguir ninguna de las carreras que le propuse, asegurándome que encontraba en su corazón algo de volcánico y sublime, incompatible con la exactitud matemática o con las fórmulas del foro; y después de largas disertaciones, vine a sacar en consecuencia que la carrera que le parecía más análoga a sus circunstancias era la carrera de poeta, que según él es la que guía derechita al templo de la inmortalidad.

En busca de sublimes inspiraciones y con el objeto sin duda de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió día y noche los cementerios y escuelas anatómicas; trabó amistosa relación con los enterradores y fisiólogos; aprendió el lenguaje de los buhos y de las lechuzas; encaramóse a las peñas escarpadas, y se perdió en la espesura de los bosques; interrogó a las ruinas de los monasterios y de las ventas (que él tomaba por góticos castillos); examinó la ponzoñosa virtud de las plantas, e hizo experiencia en algunos animales del filo de su cuchilla y de los convulsos movimientos de la muerte. Trocó los libros que yo le recomendaba, los Cervantes, los Solís, los Quevedos, los Saavedras, los Moretos, Meléndez y Moratines, por los Hugos y Dumas, los Balzacs, los Sands y Souliés; rebutió su mollera de todas las encantadoras fantasías de Lord Byron, y de los tétricos cuadros de d'Arlincourt; no se le escapó uno sólo de los abortos teatrales de Duncange, ni de los fantásticos ensueños de Hoffman; y en los ratos en que menos propenso estaba a la melancolla, entreteníase en estudiar la Craneoscopia del doctor Gall, o las meditaciones de Volney.

Fuertemente pertrechado con toda esta diabólica erudición, se creyó ya en estado de dejar correr su pluma, y rasguñó unas cuantas docenas de fragmentos en prosa poética, y concluyó algunos cuentos en verso prosáico; y todos empezaban con puntos suspensivos, y concluían en ¡maldición!; unos y otros estaban atestados de figuras de capuz, y de siniestros bultos, y de hombres gigantes, y de sonrisa infernal, y de almehas altísimas. y de profundos fosos, y de buitres

*carnívoros, y de copas fatales, y de ensueños fatídicos, y de veos transparentes, y de aceradas mallas, y de briosos corceles, y de flores amarillas, y de fúnebre cruz.* Generalmente todas estas composiciones *fugitivas* solían llevar sus títulos tan incomprensibles y vagos como ellas mismas: *verbi gracia. ¡¡¡ Qué será!!!...— ¡¡¡ No!!!...— ¡ Mas allá!...— Puede ser.— ¿ Cuándo?— ¡ Acaso!...— ¡ Oremus!*

Esto en cuanto a la forma de sus composiciones; en cuanto al fondo de sus pensamientos no sé qué decir, sino que unas veces me parecía mi sobrino un gran poeta, y otras un loco de atar; en algunas ocasiones me extremecía al oírle cantar el suicidio o discurrir dudosamente sobre la inmortalidad del alma; y otras tentale por un santo, pintando la celestial sonrisa de los ángeles, o haciendo tiernos apóstrofes a la Madre de Dios. Yo no sé a punto fijo qué pensaba él so todo esto, pero creo que lo más seguro es que no pensaba nada, ni él mismo entendía lo que quería decir.

Sin embargo, el muchacho con estos *raptos* consiguió al fin verse admirado por una turba de aprendices del delirio, que le escuchaban enternecidos cuando él con voz monótona y sepulcral les recitaba cualquiera de sus composiciones, y siempre le aplaudían en aquellos rasgos más extravagantes y oscuros, y sacaban copias nada escrupulosas, y las aprendían de memoria, y luego esforzábanse a imitarlas, y sólo acertaban a imitar los defectos y de ningún modo las bellezas originales que podían recomendarlas.

Todos estos encomios y adulaciones de pandilla lisonjaban muy poco el altivo deseo de mi sobrino, que era nada menos que atraer hacia sí la atención y el entusiasmo de todo el país. Y convencido de que para llegar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid) es cosa indispensable el pasarse por la calle del Príncipe, quiero decir, el componer una obra para el teatro, he aquí la razón por qué reunió todas sus fuerzas intelectuales; llamó a concurso su fatídica estrella, sus recuerdos, sus lecturas; evocó las sombras de los muertos para preguntarle sobre diferentes puntos; martirizó las historias y tragó el polvo de los archivos; interpeló a su calenturienta musa, colocándose con ella en la región aérea donde se forman las románticas tormentas; y mirando desde aquella altura esta sociedad terrena, reducida por la distancia a una pequeñez microscópica, aplicado al ojo izquierdo el catalejo romántico, que todo lo abulta, que todo lo descompone, inflamóse al fin su fosfórica fantasía, y compuso un drama.

¡Válgame Dios! ¡Con qué placer haría yo a mis lectores el mayor de los regalos posibles, dándoles *in integrum* esta composición sublime, práctica explicación del sistema romántico, en que según la medicina homeo-pática, que consiste en curar las enfermedades con sus semejantes, se intenta a fuerza de crímenes corregir el enfermo mismo. Mas ni la suerte ni mi sobrino me han hecho poseedor de aquel tesoro, y únicamente la memoria, depositaria infiel de secretos, ha conservado en mi imaginación el título y personajes del drama. Hélos aquí:

¡JELLA!... Y ¡ELI!...

DRAMA ROMÁNTICO NATURAL,  
emblemático-sublime, anónimo, sinónimo, tétrico y espamódico

ORIGINAL,  
EN DIFERENTES PROSAS Y VERSOS  
EN SEIS ACTOS Y CATORCE CUADROS.

Por...

(Aquí había una nota que decía: *Cuando el público pida el nombre del autor*); y seguía más abajo.

Siglos IV y V.—La escena pasa en Europa y dura cien años.

INTERLOCUTORES

*La mujer (todas las mujeres. toda la mujer.)*

*El marido* (todos los maridos).

Un hombre salvaje (el amante).

El Dux de Venecia.

El tirano de Siracusa.

El doncel.

La Archiduquesa de Austria.

Un espía.

Un favorito.

Un verdugo.

Un boticario.

La cuádruple alianza.

El sereno del barrio.

Coro de monjas carmelitas.

Coro de padres agonizantes.

Un hombre del pueblo.

Un pueblo de hombres.

Un espectro que habla.

Otro idem que agarra.

Un demandadero de la Paz y Caridad.

Un judío.

Cuatro enterradores.

Músicos y danzantes.

Comparsas de tropa, brujas, gitanos, frailes y gente ordinaria.

Los títulos de las jornadas (porque cada una llevaba el suyo a manera de código), eran, si mal no me acuerdo, los siguientes: 1.<sup>a</sup> *Un crimen*. 2.<sup>a</sup> *El veneno*. 3.<sup>a</sup> *Ya es tarde*. 4.<sup>a</sup> *El panteón*. 5.<sup>a</sup> ¡Ella! 6.<sup>a</sup> ¡Eli; y las decoraciones eran las seis obligadas en todos los dramas románticos, a saber: *Salón de baile*, *Bosque*, *La Capilla*, *Un subterráneo*, *La alcoba* y *El cementerio*.

Con tan buenos elementos confeccionó mi sobrino su admirable composición, en términos que si yo recordara una sola escena para estamparla aquí, peligraba el sistema nervioso de mis lectores; conquese así no hay sino dejarlo en tal punto, y aguardar a que llegue el día en que la fama nos la transmita en toda su integridad, día que él retardaba aguardando a que *las masas* (las masas somos nosotros), se hallen (o nos hallemos) en el caso de digerir esta comida que él modestamente llamaba *un poco fuerte*.

De esta manera mi sobrino caminaba a la inmortalidad por la senda de la muerte, quiero decir, que con tales fatigas cumplía lo que él llamaba *su misión sobre la tierra*. Empero la continuación de las vigiliass y el obstinado combate de sentimientos tan hiperbólicos, habíanle reducido a una situación tan lastimosa de cerebro, que cada día me temía encontrarle consumido a impulsos de su fuego celestial.

Y aconteció, que para acabar de rematar lo poco que en él quedaba de seso, hubo de ver una tarde por entre los mal labrados hierros de su balcón, a cierta Melisendra de diez y ocho Abriles, más pálida que una noche de luna, y más mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados a la veneciana y sus mangas a lo María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo a lo Estraniera, y su cinturón a la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello a lo huérfana de Underlach.

Hallábase a la sazón meditando, los ojos elevados al cielo, la mano derecha en la apagada mejilla, y en la izquierda sosteniendo débilmente un libro abierto... libro que según el forro amarillo, su tamaño y demás proporciones, no podía ser otro, a mi entender, que el *Han de Islandia* o el *Bug-Jargal*.

No fué menester más para que la chispa eléctrico-romántica atravesase instantáneamente la calle y pasase desde el balcón de la doncella sentimental al otro frontero donde se hallaba mi sobrino, viniendo a inflamarse súbitamente su corazón. Miráronse, pues, creyeron adivinarse, luego se hablaron, y concluyeron.

ron por no entenderse; esto es, por entregarse a aquel sentimiento vago, ideal, fantástico, frenético, que no sé bien cómo designar aquí, si no es ya que me valga de la consabida calificación de... *romanticismo puro*.

Pero al cabo el sujeto en cuestión era mi sobrino, y el bello objeto de sus arrobamientos una señorita hija de un honrado vecino mío, procurador del número y clásico por todas sus coyunturas. A mí no me desagradó la idea de que el muchacho se inclinase a la muchacha (siempre llevando por delante la más sana intención), y con el deseo también de distraerle de sus melancólicas tareas, no sólo le introduje en la casa, sino que favorecí (Dios me lo perdone) todo lo posible el desarrollo de su inclinación.

Lisonjeábame, pues, con la idea de un desenlace natural y espontáneo, sabiendo que toda la familia de la niña participaba de mis sentimientos, cuando una noche me hallé sorprendido con la vuelta repentina de mi sobrino, que en el estado más descompuesto y atroz corrió a encerrarse en su cuarto gritando desahoradamente: —¡Asesino!... ¡Asesino!... ¡Fatalidad!... ¡Maldición!...

—¿Qué demonios es esto?—Corro al cuarto del muchacho; pero había cerrado por dentro y no me responde; vuelo a casa del vecino por si alcanzo a averiguar la causa del desorden, y me encuentro en otro no menos terrible a toda la familia; la chica accidentada y convulsa, la madre llorando, el padre fuera de sí...

—¿Qué es esto, señores? ¿Qué es lo que hay?

—¿Qué ha de ser?—me contestó el buen hombre—, ¿qué ha de ser, sino que el demonio en persona se ha introducido en mi casa con su sobrino de usted?... Lea usted, lea usted qué proyectos son los suyos, qué ideas de amor y de religión... Y me entregó unos papeles que por lo visto había sorprendido a los amantes.

Recorrílos rápidamente, y me encontré diversas composiciones de estas de tumba y hachero que yo estaba tan acostumbrado a escuchar al muchacho. En todas ellas venía a decir a su amante con la mayor ternura que era preciso que se muriesen para ser felices; que se matara ella, y luego él iría a derramar flores sobre su sepulcro, y luego se moriría él también, y los enterrarían bajo una misma losa... Otras veces la proponía que para huir de la tiranía del hombre («este hombre soy yo», decía el pobre procurador), se escurriese con él a los bosques o a los mares, y que se irían a una caverna a vivir con las fieras, o se harían piratas o bandoleros; en unas ocasiones la suponía ya difunta, y la cantaba el responso en bellísimas quintillas y coplas de pie quebrado; en otras llenábalas de maldiciones por haberle hecho probar la ponzoña del amor.

—Y a todo esto—añadía el padre—, nada de boda, nada de solicitar un empleo para mantenerla... vea usted, vea usted; por ahí ha de estar... oiga usted cómo se explica en este punto... ahí en esas coplas, seguidillas o lo que sean, en la que dice lo que tiene que esperar de él.

Y en tan fiera esclavitud  
sólo puede darte mi alma  
un suspiro... y una palma...  
una tumba... y una cruz...

Pues cierto que son buenos adminículos para llenar una carta de dote... no, si no échelos usted en el pucherq y verá qué caldo sale... Y no es esto lo peor, continuaba el buen hombre, sino que la muchacha se ha vuelto tan loca como él, y ya habla de féretros y letanias, y dice que está deshojada, y que es un tronco carcomido, con otras mil barbaridades que no sé cómo no la mato... y a lo mejor nos asusta por las noches despertando despavorida y corriendo por toda la casa, diciendo que la persigue la sombra de yo no sé qué Astolfo o Ingolfo *el estermiador*; y nos llama tiranos a su madre y a mí; y dice que tiene guardado un veneno, no sé bien si para ella o para nosotros; y entre tanto las camisas no se consen, y la casa no se barre, y los libros malditos me consumen todo el caudal.

—Sosíéguese usted, señor don Cleto, sosíéguese usted.

Y llamándole aparte, le hice una explicación del carácter de mi sobrino, poniéndolo de suerte que si no lo convencí que podía casar a su hija con un tigre, por lo menos le determiné a casarla con un loco.

Satisfecho con tan buenas nuevas, regresé a mi casa para tranquilizar el espíritu del joven amante, pero aquí me esperaba otra escena de contraste, que por lo singular tampoco dudo en apellidar romántica.

Mi sobrino, despojado de su lacónico vestido y atormentado por sus remordimientos, había salido en mi busca por todas las piezas de la casa, y no hallándome, se entregaba a todo el lleno de su desesperación. No sé lo que hubiera hecho considerándose solo, cuando al pasar por el cuarto de la criada, hubo sin duda ésta de darle a conocer por algún suspiro que un ser humano respiraba a su lado. (Se hace preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega, con más bellaquería que cuartos y más cuartos que peseta colonaria, y que hacía ya días que trataba de entablar relaciones clásicas con el señorito.) La ocasión la pinta calva, y la gallega tenía buenas garras para no dejarla escapar; así es que entreabrió la puerta y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó a formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz.

—Sefuritu... sefuritu... ¿qué diablus tiene?... Entre y dígalu, si quier una cataplasma para las muelas o un emplastu para el hígadu...

(Y cogió y le entró en su cuarto y sentóle sobre su cama, esperando sin duda que él pusiera algo de su parte.)

Pero el preocupado galán no respondía, sino de cuando en cuando exhalaba hondos suspiros, que ella contestaba a vuelta de correo con otros descomunales, aderezados con aceite y vinagre, ajos crudos y cominos, parte del mecanismo de la ensalada que acaba de cenar. De vez en cuando tirábale de las narices o le pinchaba las orejas con un alfiler (todo en muestras de cariño y de tierna solicitud); pero el hombre estatua permanecía siempre en la misma inamovilidad.

Ya estaba ella en términos de darse a todos los diablos por tanta severidad de principios, cuando mi sobrino con un movimiento convulsivo la agarró con una mano la camisa (que no sé si he dicho que era de lienzo choricerero del Vierzo), e hincando una rodilla en tierra, levantó en ademán patético el otro brazo y exclamó:

Sombra fatal de la mujer que adoro,  
ya el helado puñal siento en el pecho;  
ya miro el funeral lúgubre lecho,  
que a los dos nos reciba al perecer.  
Y veo en tu semblante la agonía  
y la muerte en tus miembros palpitantes,  
que reclama dos míseros amantes  
que la tierra no pudo comprender.

—Ave María purísima...—dijo la gallega santiguándose—. Mal demofu me lleve si le comprendu... ¡Habrá cermeñu!... pues si quier lechu, ¿tien más que tenderse en este que está ahí delante, y dejar a los muertos que se acuéstén con los difuntos?

Pero el amartelado galán seguía sin escucharla su improvisación, y luego variando de estilo y aun de metro exclamaba:

¡Maldita seas, mujer!  
¿No ves que tu aliento mata?  
Si has de ser mañana ingrata,  
¿por qué me quisiste ayer?  
¡Maldita seas, mujer!

—El malditu sea él y la bruja que lo parió... ¡ingratu! después que todas las



mañanas le entru el chucolate a la cama, y que por él he despreciadu al aguado, Toribiu y a Benitu el escaroleru del portal...

Ven, ven y muramos juntos,  
huye del mundo conmigo,  
ángel de luz,  
al campo de los difuntos;  
allí te espera un amigo  
y un ataud.

—Vaya, vaya, señoritu, esto ya pasa de chanza; o usted está locu, o yo soy una bestia... Váyase con mil demonius al cementeriu u a su cuarto, ántes que empiece a ladrar para que venga el amu y le ate.

Aquí me pareció conveniente poner un término a tan grotesca escena, entrando a recoger a mi moribundo sobrino y encerrarle bajo llave en su cuarto; y al reconocer cuidadosamente todos los objetos con que pudiera ofenderse, hallé sobre la mesa una carta sin fecha, dirigida a mí y copiada de la *Galería fúnebre*, la cual estaba concebida en términos tan alarmantes, que me hizo empezar a temer de veras sus proyectos y el estado infeliz de su cabeza. Conoci, pues, que no había más que un medio que adoptar y era el arrancarle con mano fuerte a sus locuras, a sus amores, a sus reflexiones, haciéndole emprender una carrera activa, peligrosa y vária; ninguna me pareció mejor que la militar, a la que él también mostraba alguna inclinación: hícele poner una charretera al hombro izquierdo y le ví partir con alegría a reunirse a sus banderas.

Un año ha transcurrido desde entonces, y hasta hace pocos días no le había vuelto a ver, y pueden considerar mis lectores el placer que me causaría al contemplarle robusto y alegre, la charretera a la derecha, y una cruz en el lado izquierdo, cantando perpétuamente zorcicos y rondeñas y por toda biblioteca en la maleta, la ordenanza militar y la *Guía del oficial en campaña*.

Luego que ya le ví en estado que no peligraba, le entregué la llave de su escritorio, y era cosa de ver el oírle repetir a carcajadas sus fúnebres composiciones; deaseo sin duda de probarme su nuevo humor, quiso entregarlas al fuego; pero yo, celoso de su fama póstuma, me opuse fuertemente a esta resolución, y únicamente consentí en hacer un escrupuloso escrutinio, dividiéndolas, no en clásicas y románticas, sino en tontas y discretas, sacrificando aquellas y poniendo estas sobre las niñas de mis ojos. En cuanto al drama no fué posible encontrarle, por haberle prestado mi sobrino a otro poeta novel, el cual le comunicó a varios aprendices del oficio, y estos le adoptaron por tipo, y repartieron entre sí las bellezas de que abundaba, usurpando de este modo ora los aplausos, ora los silbidos que a mi sobrino correspondían, y dando al público en mutilados trozos el esqueleto de tan gigantesca composición.

La lectura en fin, de sus versos, trajo a la memoria del joven militar un recuerdo de su vaporosa deidad: preguntóme por ella con interés, y aún llegó a sospechar que estaba persuadido de que se habría evaporado de puro amor; pero yo procuré tranquilizarle con la verdad del caso, y era que la abandonada Ariadna se había conformado con su suerte; item más, se había pasado al género clásico, entregando su mano, y no sé si su corazón, a un honrado mercader de la calle de Postas; ¡ingratitude notable de mujeres! Bien es la verdad que él por su parte no la había hecho, según me confesó, sino unas catorce o quince infidelidades en el año transcurrido. De este modo concluyeron unos amores que si hubieran seguido su curso natural, habrían podido dar a los venideros Shakespeares materia sublime para otro nuevo *Romeo*.

(Septiembre de 1837.)

# UNA NOCHE DE VELA

## EL ENFERMO

¡Oh variedad común, mudanza cierta!  
¿quién habrá que en sus males no te espere,  
quién habrá que en sus bienes no te tema?  
Argensola.

Doy por supuesto que todos mis lectores conocen lo que es pasar una noche en un alegre salón saboreando las dulzuras del Carnaval, en medio de una sociedad bulliciosa y partidaria del movimiento; quiero suponer que todos o los más de ellos comprenden aquel estado feliz en que constituyen al hombre la grata conversación con una linda pareja, el ruido de una orquesta armoniosa, el resplandor de la brillante iluminación, la risa y algazara de todos aquellos grupos, que se mueven, que se cruzan, que se separan, y que luego se vuelven a juntar. Quiero igualmente sospechar, que concluido el baile y llegada la hora fatal del desencantamiento, alguno de los concurrentes lleno el corazón de fuego y la cabeza de magníficas ilusiones, reconcentrado su sistema vital en el interior de su imaginación, no haya hecho alto en la exterioridad de su persona; no haya reparado en la humedad de su frente, en la dilatación de sus poros, en el ardor exagerado de su pulmón; y que tan solo ocupado en sostener una blanca mano para subir a un coche o en aguardar el turno para reclamar su capa en un frío callejón, apenas haya reparado que el sudor de su rostro se ha enfriado, que su voz se ha enronquecido, que su pecho y su cabeza van adquiriendo por momentos cierta pesadez y malestar.

Doy por supuesto que el tal, de vuelta a su casa, sienta unos amables escalofríos, amenizados de vez en cuando con una tosecilla seca, sendos latidos en las sienas, y un cierto aumento de gravedad en la parte superior de su máquina, que apenas le permite tenerse en pie. Quiero imaginar que le asaltan las primeras sospechas de que *esta malo*, y que tiene que transigir por lo menos con una fuerte constipación; que se mete en la cama, donde le coge un involuntario y frío temblor, y luego un ardor insoportable; pero se consuela con que, merced a un vaso de limonada o un benéfico sudor, bien podrá estar a la noche en disposición de repetir la escena anterior. Supongo, por último, que esta esperanza se desvanece; pues ni el sudor ni el sosiego son bastantes a devolverle la perdida salud, con lo cual, y sintiéndose de más en más agravado hace llamar a su médico, quien despues de echarle un razonable sermón por su imprudencia, le dice que guarde cama, que se abstenga de toda comida, y que beba no sé qué brevajes purgativos, intermeditados de cataplasmas al vientre, y realzado el todo con sendos golpes de sanguijuelas donde no es de buen tono nombrar. Remedios únicos en que se encierra el código de la moderna escuela facultativa, y que parecen ser la *panacea* universal para todos los males conocidos.

Pues bien; después de supuesto todo esto, quiero que ahora supongan mis lectores, que el sujeto a quien acontecia aquel desman era el condesito del Tremedal, sujeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales, su desen-

fadada imaginación y una cierta fama de superioridad, debida a las conquistas amorosas a que había dado fin y cabo en su majestuosa carrera social. Cualidades eran estas muy envidiables y envidiadas; pero que para el paso actual no le servían de nada; preso entre vendas y ligaduras, inútil y agobiado, ni más ni menos que el último parroquiano del hospital.

Mediaba, sin embargo, alguna diferencia en la situación exterior de nuestro conde, si bien su naturaleza interior revelaba en aquel momento su completa semejanza con los seres a quienes él no hubiera dignado compararse. Hallábase, pues, en su casa, asistido más o menos cuidadosamente, en primer lugar por su esposa, joven hermosa y elegante, de veinticuatro Añiles, que si no recordaba a Artemisa, por lo menos era grande apasionada de las heroínas de Balzac.

Luego venía en la serie de sus *veladores* un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa, militar cortesano; cómplice de las amables calaveradas del esposo encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal, de suplir su ausencia en el palco, en el salón, en las cabalgatas; depósito de las mútuas confianzas de ambos consortes, y mueble, en fin, como el lorito o el galgo inglés, indispensable en toda casa principal y de buen tono.

En segundo término del cuadro, ofrecíase a la vista una hermana solterona del conde, que según nuestras venerandas sabias leyes, estaba destinada a vegetar honestamente, por haber tenido la singular ocurrencia de nacer hembra, aunque fruto de unos mismos padres, e igual a su hermano en sangre y derechos naturales. Añádase a esta injusticia de la ley la otra injusticia con que la naturaleza la había negado sus favores, y se formará una idea aproximada de la cruel posición de esta indefinida virgen, con treinta y dos años de expectativa y dotada además de un gran talento, y que no sé si es ventaja al que nace infeliz y segundón. En compensación, empero de tantos desmanes, todavía podía alimentarse en aquel pecho alguna esperanza, hija de la falta de descendencia del conde, esperanza no muy moral en verdad, pero lo suficientemente legal para prometerse algún día ocupar un puesto distinguido en la sociedad.

Rodeaban, en fin, el lecho del enfermo varios parientes y allegados de la casa. Una tía vieja, viuda de no sé qué consejero, y empleada en la real servidumbre; archivo parlante de las glorias de la familia; cadáver embalsamado en almizcle; figura de cera y de movimiento; tradición de la antigua aristocracia castellana; y ceremonial formulado de la etiqueta palaciega. Un ayuda de cámara, secretario del secreto del señor conde, su confidente y particular favorito para todas aquellas operaciones más allegadas a su persona. Varias amigas de la condesa y de su cuñada, muchachas de humor y de travesura, con sus puntas de coquetería. Un vetusto mayordomo disecado en vivo, vera efigies de una cuenta de quebrados; con su peluca rubia, color de oro; su pantalón estrecho como bolsillo de mercader; su levita de arpillera, su nudo de dos vueltas en la corbata; el puño del bastón en forma de llave: los zapatos con hebilla de resorte; un candado por sellos en el reloj, y éste sin campanilla, de los que apuntan y no dan; persona, en fin, tan análoga a sus ideas, que venía a ser una verdadera formulación de todas ellas, un compendio abreviado de su larga carrera mayordomil.

El resto del acompañamiento acompañante tal cual elegante doncel que apreciaba de vez en cuando para informarse de la salud de su amigo el condesito; tal cual vecina charlatana y entrometida que llegaba a tiempo de proponer un remedio milagroso o verter una botella de tisana, o destapar distraído un vaso de sanguijuelas: el todo amenizado con el correspondiente acompañamiento de médicos y quirúrgicos; practicantes y gentes de ayuda; criados de la casa, porteros, lacayos, niños, viejas y demás del caso.

¡Ah! se me había olvidado; allá en lo más escondido de la alcoba, como el que se aparta algunos pasos de un cuadro para contemplar mejor su efecto de luz, se veía un hombre serio, triste y meditabundo, que apenas parecía tomar parte en la acción, y sin embargo moderaba su impulso: el cual hombre, según lo que

puedo averiguarse, era un antiguo y sincero amigo de la familia; a quien el padre del conde dejó encomendado éste al morir; que le quería entrañablemente; pero que más de una vez llegó a serle enojoso con sus consejos francos y desinteresados; pero en aquella ocasión el pobre enfermo se hallaba naturalmente más inclinado a él, y no una vez sola, después de recorrer la desencajada vista por todos los circunstantes, llegaba a fijarla largo rato en aquella misteriosa figura, la cual correspondía a su mirada con otra mirada y ambas venían a formar un diálogo entero.

## II

### JUNTA DE MEDICOS

Era, según los cálculos facultativos, el séptimo día, digo mal, la séptima noche de la enfermedad del conde. Su gravedad progresiva había crecido hasta el punto de inspirar serios temores de un funesto resultado. El médico de la casa había ya apurado su ordinaria farmacopea, y temeroso de la grave responsabilidad que iba a cargar sobre su única persona, determinó repartirla con otros compañeros que, cuando no a otra cosa, viniesen a atestiguar que el enfermo se había muerto en todas las reglas del arte. Para este fin propuso una junta para aquella noche, indicación que fué admitida con aplauso de todos los circunstantes, que admiraron la modestia del proponente, y se apresuraron a complacerle.

Designada por el más antiguo en la facultad la hora de las ocho de aquella misma noche para verificar la reunión, viéronse aparecer a la puerta de la casa, con cortos minutos de diferencia, un *birlocho* y un *bombé*, un *cabriolé* y un *tilbury*; ramificaciones todas de la antigua familia de las *calesas*, y representantes en sus respectivas formas del progreso de las luces, y de la marcha de este siglo corretón.

Del primero (en el orden de antigüedad) de aquellos cuatro *equipajes*, descendió con harta pena un vetusto y cuadrilátero doctor, hombre de peso en la facultad, y aún fuera de ella: rostro fresco y sonrosado, a despecho de los años y del estudio; barriga en prensa, y sin embargo fiera; traje simbólico y anacronístico, representante fiel de las tradiciones del siglo XVIII, bastón de caña de Indias de tres pisos, con su puño de oro macizo y refulgente; y gorro, en fin, de doble seda de Toledo, que apenas dejaba divisar las puntas del atusado y grasiendo peluquín.

Seguía el del *bombé*; estampa grave y severa; ni muy gorda ni muy flaca, ni muy antigua, ni muy moderna; frente de duda y de reflexión; ni muy calva ni con mucho pelo; ojo anatómico y analítico; sencillo en formas y modales como en palabras; traje cómodo y aseado, sin afectación y sin descuido; sin sortija ni bastón, ni otro signo alguno exterior de la facultad.

El *cabriolé* (que por cierto era alquilado), produjo un hombre chiquitillo y lenguaraz, azogado en sus movimientos e interminable en sus palabras; descuidado de su persona; con el chaleco desabotonado, la camisola entreabierta, e inclinado hacia el pescuezo el lazo del corbatín. Este tal no llevaba guantes para lucir cinco sortijas de todas formas, y su correspondiente bastón, con el cual aguljaba al caballero (que por supuesto no era suyo), y llegado que hubo a la casa, saltó de un brinco a la calle, y subió tres a tres los peldaños de la escalera.

El cuarto carruaje, en fin, el *tilbury*, lanzó de su seno un elegante y apuesto mancebo, cuyos estudiados modales, su fino guante, sus blancos puños, su bien cortada levita, el aseo y primor, en fin, de toda su persona, representaba al físico viajador, culto y sensible, el médico de las damas; su semblante juvenil, sobradamente severo para su edad, revelaba el deseo de sobreponerse a ella, afectando un sí es no es de gravedad científica y de profunda reflexión que no decía

bien con el complicado nudo de su corbata, si bien su mirar profundo y animado, daba luego a conocer un alma bien templada para el estudio y entusiasmada con la idea de un glorioso porvenir.

Después del reconocimiento y de las preguntas de estilo, a que contestaba como sustentante el médico de cabecera, quedaron, pues, los cinco doctores instalados en un gabinete inmediato para tratar de escogitar los medios de oponerse al vuelo de la enfermedad. Animados por este filantrópico deseo, la primera diligencia fué pasar de mano en mano petacas y tabaqueras, hasta quedar armónicamente convenidos, cual con un purísimo cigarro de la Habana; cual con un abundante polvo de aromático rapé.

El primer cuarto de hora se dedicó, como es natural a pasear el discurso sobre varias materias, todas muy interesantes y oportunas; tales como la rigidez del invierno, las muchas enfermedades y la aperreada vida que con tal motivo cada cual decia traer. Allí era el oír asegurar a uno que a la hora presente llevaba ya arrancadas catorce victimas a las garras de la muerte; allí el afirmar muy seriamente otro que aquella noche habia estado de parto; cual limpiándose el sudor repetía el discurso que acababa de pronunciar en una junta; cual otro metía prisa a los demás por tener, según decia, que contestar a cuatro consultas por el correo.

Después de compadecerse mutuamente, entraron luego a compadecerse de sus caballos y de sus míseros carruajes, amenizando el diálogo con la historia de sus compras, cambios y composturas, y el interesante presupuesto de sus gastos; y de aquí vino a rodar el discurso sobre el obligado clamor de la escasez de los tiempos, y las malas pagas de los enfermos que sanaban, y el escaso agradecimiento de los que morían. A propósito de esto, tomó la palabra el rostriseco, y habló de las elecciones, y analizó largamente los últimos partes del ejército, a que contestaron los demás con la mudanza del ministerio, y el resultado de la última interpelación.

Después de haber discurrido largamente por estos alrededores de la facultad, pensaron que sin duda seria ya tiempo de entrar de lleno en ella, y empezaron a disertar sobre la causa posible de las enfermedades, colocándola unos en el estómago, otros en la cabeza, cual en el hígado, y cual en el tobillo del pie.

Aquí hubo aquello de defender cada cual su sistema médico favorito, y se declaró el viejo fiel partidario de los antiguos aforismos, y del tonifico método de Juan Brown; a lo que contestó el serio con toda una exposición del sistema fisiológico, y del tratamiento antiflogístico y de la dieta de Broussais. Replicó el tercero (que era el pequeño) con una descarga cerrada de burletas y sinrazones contra todos los antiguos y futuros sistemas, diciendo que para él la medicina era una adivinanza hija de la casualidad y de la práctica; y que sólo ímplicamente podía curarse, por lo cual no admitía sistema fijo, y que si tal vez se inclinaba a alguno, parecíale mejor que ningún otro el de Mr. Le-Roy, por lo heróico y resolutivo de su procedimiento. Una ligera sonrisa de desdén que se asomó a los labios del físico elegante, bastó para dar a conocer la superioridad en que se colocaba a sí mismo sobre todos sus compañeros; si al mismo tiempo no hubiera querido consignarla con la palabra, exponiendo científicamente los errores de los diversos sistemas anteriores, y la filosofía de un nuevo descubrimiento a que él como joven se hallaba naturalmente inclinado, esto es, la medicina *homeopática* del doctor *Hannemann*.

Aquí soltó el viejo una carcajada, y el chiquito lanzó varios epigramas sobre el sistema de curar las enfermedades con sus semejantes, preguntándole si como decia Talleyrand, acostumbra cortar la pierna buena para curar la mala, con otras sandeces que irritaron la bilis del homeopático, y descargó una furibunda filípica contra los charlatanes que según dijo, deshonoraban la noble ciencia de Esculapio; a lo cual el Brusista trató de aplicar sus emolientes, y el antiguo Galeno dar un nuevo tono a la desentonada conversación.

En esto uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el adusto incógnito

de que antes hicimos mención), tuvo la descortesía de abrir despacito la vidriera del gabinete, para advertir a aquellos señores que el pobre enfermo se agravaba por instantes, y preguntarles si habían acordado a buena cuenta alguna cosa que poder aplicarle, mientras llegaba la resolución formal de aquella cuádruple alianza—. Los doctores quedaron como embarazados a tan exótica demanda; pero en fin, salieron de ella diciendo: que hiciesen saber al enfermo que tuviese un poquito de paciencia para morirse; porque ellos a la sazón estaban formalmente ocupados en salvarle, y mientras tanto que esto hacían, formaban sinceros *votos* por su alivio, y sentían hacia su persona las más fuertes *simpatías*. Con lo cual el interpelante volvió a retirarse a comunicar al enfermo tan consoladora respuesta de aquel areopago doctoral.

Declarando el punto suficientemente discutido, respecto al diagnóstico y el pronóstico, vinieron por fin a proponer la curación, y fiel cada cual a sus respectivos métodos, indicaron, el Brownista un tónico *récipe* de treinta y dos ingredientes entre sólidos y líquidos; pero con la condición de tenerlo todo cuarenta y ocho horas en infusión, y que se había de hacer precisamente en la botica de la calle de... y entre tanto que la muerte tuviese la bondad de aguardar—. El alumno de Broussais sostuvo que a beneficio de seis docenas de sanguijuelas y cuatro sangrías se cortarían el mal, y que para sostener las fuerzas del enfermo no había inconveniente en administrarle de vez en cuando algún sorbo de agua engomada, o un azucarillo—. El *homeopático* puso a discusión la aplicación de la vigesimillonésima parte de un grano de arena, disuelto en tinaja y media de agua del Rhin, con lo cual se habían visto pasmosas curaciones en el hospital de Mecklembourg-Strelitz—. El *empírico*, en fin, propuso que el enfermo se levantara y saliese a paseo, tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del vomí-toni-purgui-velocífero de *Le-Roy*.

Dejo pensar a mis lectores la impresión que semejantes propuestas harían respectivamente en el ánimo de todos los doctores; por último, viendo que ya era pasada la hora, y que otros mil enfermos reclamaban el auxilio de su ciencia, convinieron en que, supuesto que el médico de cabecera había seguido su sistema con este parroquiano, cada uno continuase haciendo lo propio con los suyos; con que, después de acordar por la forma unos nuevos sinapismos y no sé qué purga, decidieron unánimemente que sería bueno que el enfermo fuese preparando sus papeles, por si acaso le tocaba marchar en el próximo convoy; todo lo cual dijeron con aire sentimental a aquel señor feo de cara de que queda hablado; y después de asegurarle del profundo acierto con que el médico de la casa dirigía la curación, recibieron de manos del mayordomo sendos doblones de a ocho, y marcharon contentos a continuar sus graves ocupaciones.

### III

## EL TESTAMENTO

Aquella noche, como la más decisiva e importante, se brindaron a quedarse a velar al enfermo casi todos los interlocutores, de que queda hecho mención al principio de este artículo; y convenidos de consuno en reconocer por *jefe de la vela* al severo anónimo, pudo este dar sus disposiciones para que cada uno ocupase su lugar en aquella terrible escena. Hizose pues, cargo del improvisado botiquín, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasificó con sendos rótulos la oportunidad de cada uno; dió cuerda al reloj para consultarle a cada momento, y escribió un programa formal de operaciones, desde la hora presente hasta la salida del sol.

La vieja tía, por su parte, envió a su lacayo por la escofieta y el mantón, y sacó de su bolsa un rosario de plata cargado de medallas, y un elegante libro de

meditación, encuadernado por Alegria. La juventud de ambos sexos, dirigida por el amable militar, se encargó de distraer a la condesita y su hermana, llevándoselas al efecto a un apartado gabinete, donde para enredar las largas horas de la noche y conjurar el sueño, improvisaron en su presencia una modesta partida de *carté*. El mayordomo, el ayuda de cámara, acompañados de la turba de familiares, quedaron en la alcoba a las órdenes del jefe de noche, para alternar armónicamente en la vela.

Todo estaba provisto con un orden verdaderamente admirable, cada cual sabía por minutos la serie de sus obligaciones, y durante la primera hora todo marchó con aquella armonía y compás con que suelen las diversos ruedas y cilindros de una máquina al impulso del agente que los mueve. La vieja rezaba sus letanías, y aplicaba reliquias y escapularios a la boca del enfermo; el mayordomo recibía de manos de los criados las medicinas, y las pasaba al ayuda de cámara, el cual las hacía tomar al paciente; uno revolvia a este en su lecho, otro ahuecaba las almohadas y extendía los sinapismos; el incógnito, en fin, velaba sobre todos y corría de aquí para allí para que nada faltase a punto.

Entre tanto en el gabinete del jardín el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer a las señoras; aplicaba bálsamos confortantes a las sienes de la condesita, sostenía los almohadones, y de paso, la cabeza que en ellos se apoyaba, y con el noble pretexto de evitar un acceso nervioso, tenía entrambas manos fuertemente estrechadas en las suyas.

De pronto un fuerte desmayo acomete al enfermo; suenan voces y campanillas; y los que jugaban en el gabinete, y los que charlaban en la sala, y los mozos que dormían en los colchones improvisados, todos se mueven apresurados, y corren a la alcoba. El enfermo sostenido por su buen amigo, yace desfallecido e inerte; los circunstantes prorrumpen en diversas exclamaciones—. «El médico, llamar al médico!»—«¡El profesor!»—«¡El escribano!»

Cual saca un pomo de álcali y casi se lo introduce por la nariz; cual acude diligente, con una estopa encendida para aplicársela a las sienes; este le frota los pulsos con *agua balsámica de la Meca*, y *espuma de Venus* que encuentra en el tocador de la señora; aquel va a la cocina por vinagre, y viene diligente a rociarle la cara con el aderezo completo de la ensalada. Entre tanto las mujeres chillan—. ¡Pobrecito!»—«¡Se ha muerto!»—Los hombres imponen silencio a voces—. La vieja reza en alto un latín que no le entendiera el mismo San Gerónimo—. La señora se desmaya y cae redonda... en un mullido sofá.

El peligro y atención se dividen entonces: los unos abandonan al conde; los otros corren a la condesa; los agudos chillidos de ésta despiertan, en fin, a aquel de su letargo; abre los desencajados ojos, mira en derredor de sí y se ve rodeado de figuras angustiosas, que le miran ya como cosa del otro mundo, y emplean a contemplarle con aquel silencioso respeto con que se contempla a un cadáver.

Allá en el fondo, y detrás de aquellos grupos misteriosos, se deja ver un hombre melancólico y de mirar sombrío, que aparece allí como el precursor de la muerte, como el avanzado portero de las puertas de la eternidad. Aquel hombre siniestro había sido introducido con precaución en la alcoba por el viejo mayordomo, que hablaba con él en voz baja, después de haber dicho dos palabras al oído de la señora, y hecho tres profundas cortesías a la hermana del conde.

Algún tanto despejado ya éste, no sé bien si por prudencia o por precepto, fueron desapareciendo de la alcoba todos los circunstantes, a excepción del jefe de la vela, el mayordomo y su misterioso compañero.

—Aquí tiene usía, señor conde, a nuestro honrado secretario el señor don *Gestas de Uñate*, que viene a informarse de la salud de usía, y de paso a saber si a usía se le ofrece alguna cosa en que pueda complacerle.

—¡Ay Dios!»—exclamó el conde—. ¡El escribano!, me muero sin remedio.

—¿Quién dice tal cosa, señor conde?»—interrumpió el escribano—, yo sólo vengo a ley de buen servidor de usía a donarme a sus órdenes y ofrecerle mi

inutilidad. No es esto decir que usfa niciera mal en haber pensado en mi ministerio antes de ahora, porque al fin, todos somos mortales, y cuando el hombre tiene arreglados sus negocios...

El severo velador del conde habfa guardado silencio durante esta corta escena, como sorprendido de la audacia del mayordomo, y penetrado de la misma idea terrible que habfa asaltado al conde; sin embargo, no dejó de reconocer que en el estado en que éste se hallaba, acaso aquel paso tenia más de prudente que de audaz, por lo cual trató de poner en la balanza todo su influjo para inclinar al conde a someterse a aquel terrible deber.

No tardó éste en ceder a los consejos de la amistad y a lo crítico de los momentos, y significando por señas su resignación, dió orden al mayordomo de que abriese cierto bufete, donde hallaría un pliego cerrado que contenía su última voluntad, el cual formalizase con todas las cláusulas necesarias, y que él lo firmaría después.—«Pero por Dios—añadió—, que nadie se entere de mis secretos hasta después de mi muerte; este amigo (dirigiéndose el incógnito), el mayordomo y el ayuda de cámara, pueden ser los únicos testigos. y les reclamo la observancia de mi encargo.»

#### IV

### LA SUCESIÓN

Aquellas tres cortesías del escribano y del mayordomo a la hermana del conde, habian también hecho variar el espectáculo del retirado gabinetè del jardín. Los amables interlocutores que en él se reunian, arrancados a sus ilusiones por la escena del último amago de la muerte, empezaban a creer de veras su posibilidad, y a calcular las consecuencias naturales en aquella casa. La próxima viuda, sin tanto aparato de desmayos, empezaba ya a manifestar una verdadera inquietud, en tanto que por un movimiento eléctrico los vaporosos ataques habíanse inoculado en la persona de la hermana, para quien las ya dichas cortesías del mayordomo y escribano acababan de darla a sospechar un magnífico porvenir.

Los cuidados de todos los circunstantes se convirtieron, como era de esperar, hacia el nuevo peligro, hacia la nuevamente acometida; y a pesar de que los visajes de su feo rostro, fuertemente contraído en todas direcciones, pusieran espanto al hombre más audaz y denodado, y por más que formase un admirable contraste la sentimental y ya verdadera tristeza de la hermosa faz de la condesita, veíase ésta sola, por una de las anomalías tan frecuentes en este pícaro mundo, al paso que todos se apresuraban a reunirse en grupo auxiliador en derredor de la presunta heredera... ¡Oh leyes! ¡Oh costumbres!...

Al frente de todos aquellos celosos servidores distinguíase el mismo joven militar favorito de la condesa que poco antes no parecía existir sino para ella, y ahora, olvidando sus gracias y cerrando los ojos sobre la triste figura de la cuñada, se apresuraba a sostener a ésta, a consolarla, y yacía arrodillado a sus pies, estrechando su mano y aparentando toda la desesperación de un romántico dolor... La convulsa heredera, sensible sin duda a esta súbita expresión de un género tan nuevo para ella, hizo un paréntesis a su terrible accidente; entreabrió sus cerrados párpados, dirigió sus hundidas pupilas al amable interpellante, y con un gesto inexplicable en que se retrataba la caricatura del dolor, correspondió con un suspiro a otro suspiro, y abandonó sus manos a los labios del joven triunfador; éste entonces, alzando la osada frente en señal de su próxima apoteosis, paseó sus miradas por todos los circunstantes con una sonrisa de desdén; pero al llegar a fijarlas en los hermosos ojos de la futura viuda, no pudo menos de bajar los suyos entre dudoso y turbado.

F<sup>o</sup> este momento la puerta del gabinete se abre.—El escribano, el mayordo-



mo y el ayuda de cámara se presentan, siguiendo al amigo incógnito. Este, procurando contener su conmoción, manifiesta a los circunstantes que su amigo el conde había dejado de existir... Todos se agrupan en torno de la nueva condesa... El escribano lee entonces el testamento, y la decoración vuelve a cambiar... El conde declara en él tener un heredero natural, habido en una de sus varias excursiones amorosas antes de contraer su matrimonio; pedía perdón a su esposa por este secreto, y la encargaba la tutela y dirección de su legítimo heredero; en cuanto a su hermana, la dejaba pasar tranquilamente a ocupar un vástago lateral en el tronco genealógico.

De esta manera nacieron, se manifestaron y desaparecieron como el humo tantas esperanzas y quiméricos proyectos; y la luz matinal, que ya empezaba a iluminar aquella estancia, vino a poner en manifiesto el desengaño de aquellos desengañados semblantes; amigos y dependientes rodearon a la condesa viuda, tutora y gobernadora; y cada cual se esforzaba en manifestarla su no interrumpida adhesión, y a proponerla varios planes halagüeños; pero el severo velador, valiéndose de su persuasiva influencia, la aconsejó por entonces lo único que podía aconsejarla, y era que se retirase a descansar. Hizolo así, con lo cual todos los circunstantes fueron desapareciendo. Y luego que quedó solo el incógnito, se arrimó a un bufete, tomó una pluma, escribió largo rato, puso al principio de su discurso este título: «Una noche de vela»; y al final de ella estampó esta firma,

EL CURIOSO PARLANTE

## DE TEJAS ARRIBA.

I

### MADRE CLAUDIA

«.....a tus tiernas palomillas  
el vuelo peligroso las rehuses;  
que andan muchos azores por asillas  
de cuyas uñas penden los despojos  
de otras aves incautas y sencillas.»

Bartolomé de Argensola

—Dios sea en esta casa.

—Y en la de usted, buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece?

—Nada hijo, sino venir en cuerpo y en ánima a ponerme al su mandar, como vecinos que somos y amigos, que, Dios mediante tenemos que ser.

—Por muchos años; y ya veo que si no me engaña el corazón estoy hablando con la señora Claudia, la que viene a habitar la bohardilla núm. 7.

Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buen hora lo cuento; pero tal me verás que no me conocerás, y yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del mundo! hoy por ti, mañana por mí; y como dijo el otro, abájense los adarves y álzense los muladares; que hoy nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora, bailan otros en la boda... No digo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con a:

pepita; sino expícololo para dar a conocer a vuesa merced, señor vecino, que aquí donde me ve con estos trapos, yo también fui persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingorotada y de capuz... pero vive cien años y verás desengaños, y tras el día viene la noche, que lo que Diòs dá, llevárselo há, y el caballo de regalo suele parar en rocin de molinero.

Pero dejando esto a un lado y viniendo a lo que importa, ¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? ¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el señor crió!... Tal vez me vea yo a la hora de mi muerte... ¿Es rosoli o aniseta?... gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha que da vino en vez de agua!... a la salud de ustedes, caballeros... ¡fuego de Dios y qué calorcillo tiene el espíritu!... y qué bien le parecen al lado esos dos mantecadillos que están diciendo «comedme...» ¡Ah! si no estuviera una tan atrasada en esto que ahora llaman el porsupuesto, en Dios y mi ánima que no había de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos... apostaríá que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar a la aguja... gracias, hija mía por el favor... bien se le conoce que es hija de tal padre... ¡bendígala Dios y qué hermosa es y qué garrida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio.

—Gracias, madre Claudia.

—Bien hacéis, hija, en dar las gracias, que para eso las tenéis, y aun para quedaros después con ellas; ¡ay! quién me tornara a mí de ese talle y de esa frescura, y no me robara la experiencia de mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me había de cantar y no me vería ahora en medio del arroyo como quien dice; pero así somos todas; mientras nos reluce el pellejo, poco consejo, y luego que vienen los años, llorar por los que son idos... ¡Cuánto más valiera mascar mientras nos ayudan los dientes, y... ¿no es verdad, hija mía?... ¿que no me entiendes? ¡picaruela! ¿pues a qué vienen esos colores que se te han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y... ¡válgame Dios!... ¡qué no diera alguno que yo me sé bien, por atajar con sus labios esa gota de corall

—¿Alguno, madre?

—Alguno digo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero bajemos la voz, que ya señor padre ha acabado de servir a los parroquianos y se viene derecho hacia nosotras; por fin, hija mía, más días hay que longanizas, y cuando queráis noticias de la tierra, sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien; y ahora me voy, señor vecino, que ya ha acabado de ser noche y la vieja honrada su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos... A fé que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y a no ser por un cuarto roñoso de Segovia que traigo aquí para trocarlo con un palmo de cerilla... ¿También ese favor?... muy obligada me voy, señor vecino; a bien que Dios es mayordomo de pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos a paso a paso caminando a mi chiscón, donde me espera el uso con deseos de bailar y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, si no es que se haya salido a los tejados en busca de las vecinas, salidas también como él; que amor con amor se paga, niña mía, y cuando nace él nace ella, y si no fuera por esto, ¿para qué estamos acá abajo los unos y las otras?... Con que buenas noches, vecino; y cuidado niña, que no hay que olvidar a quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás muchas cosas y habilidades, así de punto y aguja como de cazo y sartén; qué, gracias a Dios y a mis años, así me da el naípe para aderezar un guisado, como para coser un zurcido... Conque, adiós.

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal y después de persignada y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscación de sus resplandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban

hasta su chiribitil, haciendo descanso en todas las mesetas o tramos de los diversos pisos. Y llegada que fué arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona dirección la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas desgraciadamente por un impulso muy superior a la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos quiero decir que se apagó; y la vieja que entraba, y el gato que se esperezaba sobre el fogón se quedaron a buenas noches

## II

### LAS BUHARDILLAS

Algunos días eran pasados, y ya la buena madre sabía por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos y más especialmente de aquella parte de la tripulación de la casa, que a hablar con propiedad, cobijada bajo un mismo techo.

Este quinto estado de aquel mecánico artificio, no distaba, como hemos visto, más que unos cien palmos de la superficie de la calle y por lo tanto tocaba ya en la región de las nubes, con lo cual no habrá de extrañarse si tal cual tormenta solía de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tormentas de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeñez microscópica no sabe distinguirlas, o bien afectamos desdeñarlas por el ningún interés que nos inspiran, pero no han faltado por eso arriesgados aeronautas que ascendieron de intento a estudiarlas; y de uno estos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien heube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán explicadas.

Dividíase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejón a diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicación a ocho o diez celdillas o habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habían hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas a tal extremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabía, por ejemplo, la madre Claudia, que en la primera buhardilla de la derecha conforme vamos, vivía un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando a Marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hacia la próxima Navidad. Sabía que en la de más allá existía una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte Pío, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo que en estos tiempos vale una honrada doncellez. Más allá cobijaba con dificultad un matrimonio joven: zapatero y ribeteadora; él mozo garrido de chaquetilla redonda y sortija en el corbatín; ella airosa y esbelta estampa de zagalejo corto y mantilla de tira.

En el agujero del rincón que formaba el ángulo de la casa, había entablado su laboratorio un químico de portal, gran confeccionador de agua de Colonia y rosa de Turquía, y bálsamo de la Meca y aceite de Macasar; vendía además corbatines y almohadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenía relaciones con todos los mozos del café, y cuando esto no bastaba, corría con los empeños de alhajas y negociaba por cuenta de algún anónimo, cartas de pago y billetes del tesoro; o bien acomodaba sirvientes o limpiaba botas en el portal. El, en fin, era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducía en francés, como se trocaba en italiano; y ora

se adornaba con un levitín blanco y una enorme corbata como *il Dottore Dulcamara*, ora corría los calles con sombrero de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitación del químico, había dado fondo una física criatura, que sin más preparaciones que sus gracias naturales, era capaz de volatilizar la cabeza más bien templada. Valencia, el jardín de España, había sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de añadir si sería linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso país es más difícil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde esta había venido desde las riberas del Turia a las del Manzanares y a las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para más despacio; baste decir que vino ella o que la trajeron; y que la abandonaron o que se abandonó, en términos que en el día era tan romanesco libre como la bella *Esmeralda* de Víctor Hugo, aunque si va a decir la verdad, algo más positiva que ella; efectos todos del siglo prosáico en que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan estas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivía un viejo adusto y regañón, escribiente memorialista a dos reales el pliego, que por el día detrás de su biombo en el portal, escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les insertaba memoriales y seguía correspondencia con media Asturias, y recibía las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucediale a veces, como veía poco, a pesar de los anteojos, trocar los frenos, quiero decir los papeles, y asentar una declaración de amor en un pliego del sello cuarto, o pretender un estanquillo en una orla de corazones y Cupidos. Con lo cual, y otras desazones que le proporcionaba su oficio traía la cabeza tan llena de embolismos y de bilis, que siempre venía a casa regañando y como solterón, y que no tenía mujer con quien pegarla, la solía pegar con toda la vecindad.

Ultimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase a este risueño drama tenía su mansión un hombre de presa (*corchete*, que suele decir el vulgo), el cual cuando creía que nadie le miraba, solía hacer sus excursiones por el tejado a correr con los gatos, por inclinación y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado, manos negras como su ropilla, nariz torcida como la intención, antipoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el mosquito, vara enroscada como sus palabras, oído listo a las promesas y cerrado a las plegarias, multiplicado a veces como edición estereotípica, y tan invisible e impalpable otras, que no pocas llegaron a dudar los vecinos si subía por la escalera o por el cañón de la chimenea.

Con tan opuestos elementos, combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podría estar ociosa la imaginación de nuestra Claudia, o si más bien llegaría en breves días a ser, como si dijéramos, el centro de aquel sistema; planeta tijo que girando únicamente sobre sí mismo, obligara a los demás a girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

### III

## DRAMA DE VECINDAD

La primera atención de la vieja se convirtió naturalmente hacia la valencianita, que como la más sola e indefensa opina menos obstáculos a sus ataques...  
—Es posible, hija mía, que tan joven y hermosa como plugo hacerte el Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizamí, sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defien de sus recios temporales y haga sacar de tus gracias el parti-

do que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; ¿pero quién será el que te crea bajo tu palabra y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada a sí misma, antes bien conviene exponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevación como el jazmín en finos búcaros y encerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la experiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La hiedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido, y el débil infante caería indudablemente al primer paso, si no hubiera una mano amiga que cuidase de sostenerle. Mal estás así, hija mía, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sostén. Yo seré, si gustas, este arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y así como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timón a un hábil marinero, así tú en mis manos experimentadas, podrás atravesar sin pena este piélago del mundo, y reírte de los furiosos de los vientos desencadenados contra tí.

Yo no sé si fué precisamente en estos términos u otros semejantes como habló la vieja, ni acierto a decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva a su discurso; pero lo que sí podré decir es que debió revestirle con argumentos irresistibles, cuando a los pocos días consiguió su objeto, y atrajo a su red la incauta mariposilla, formando una sociedad mercantil bajo la razón de *Amor, Venus y Compañía*; sociedad en que una ponía la prudencia y otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo; a partir por supuesto el beneficio que de ambos había de resultar.

Desde entonces la buhardilla de la madre Claudia no se veía ya tan solitaria como de costumbre; antes bien se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicación; y no era nada extraño oírse en el interior algunos sonidos de voz varonil, o encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos, que bajaba con la debida precaución.

La niña por su parte es de suponer que seguía en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesanía con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fué la obstinación con que se negó a admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas y atusado de greñas, todavía conservaba en su aspecto un no sé qué de siniestro y repugnante, que no pudo neutralizar la natural aversión de la criatura, la cual temblaba de pies a cabeza, y huía a esconderse cada vez que le miraba acercarse a la puerta.

Y era, como lo veremos más adelante, formidable enemigo este alguacil; pues además de las condiciones anejas a su profesión, envolvía la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servía el casero para sus ejecuciones y despojos; con que venía a parecer el alma de un propietario, encarnada, por decirlo así, en la persona de la justicia. Ahora vayan ustedes a profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberración, con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos había ocasionado a la vieja esta terrible consideración; pero ya que no podía evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre andaba, como quien dice, bailándole el agua, siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviera modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fué el formar con las demás vecinas una décuple alianza, que pudiera ofrecerle en su caso una benéfica cooperación contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto, como era de esperar, hacia el ingenioso químico que cobijaba

en el rincón, y el cual no se hizo de rogar para prestar a entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y protección de ambas deidades. Aquí tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es a saber: la gracia, la experiencia y la ciencia; o en otros términos: una muchacha, una vieja y un doctor. Y digo doctor, no porque lo fuera ni pudiera gloriarse de poseer una de esas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, a trueque de unos cuantos reales y de unos cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser más positiva que todas las que contienen sus libros. ]

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la confederación merced a algunas copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando a escuchar los chistes de la madre, o a recibir de manos del químico algún frasquito de elixir con que curar de las muelas o añadir a las mejillas un benéfico rosicler; todo lo cual, animado con la grata conversación de tal cual caballero que por casualidad solía hallarse allí, prestaba ciertos ribetes a aquella sociedad muy propios a excitar la simpatía de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecía alguna mayor dificultad, por lo inaccesible de su edad a los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos, que puesto que alborotaban toda la casa, y rompían los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavía agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflores (que buena falta les hacía a los pobres para engañar el atraso de pagas del papá), el cual por su parte, agradecido a tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos a lo demás del espectáculo, y achacaba justamente a su miseria aquella capitulación con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran también un gran obstáculo a los planes de aquella veneranda dueña; ¡pero qué no pueden la astucia de un tado y la miseria de otro!, ¡y qué la virtud, cuando tiene que disputarla a la hermosura y al amor! Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habían sido educadas con primor en vida de papá, aprendiendo a figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquel habían de parar en los estantes de un Monte-Pío; y todo el mundo sabe que una vez empeñada pierde mucho de su valor la alhaja más primorosa. En vano recurrieron por apelación a las habilidades de la aguja que hasta allí habían mirado como adorno o pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una mujer no logra al cabo del día un resultado comparable con el del más misero albañil. Y luego, que como eran tres a trabajar y cuatro a consumir (entrando en cuenta la mamá), resultaba un déficit por lo menos equivalente a la cuarta parte del presupuesto; lo que en buen romance quiere decir que si comían escasamente tres días, tenían que ayunar el cuarto, cosa ciertamente que no es fácil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Añádase a esto que como jóvenes aún y amigas del bullicio y los amores, no habían podido renunciar a sus relaciones antiguas, y gustaban todavía de concurrir a las fiestas y diversiones, con lo cual había también que perder mucho tiempo, y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imaginación y disimular los rigores de su fortuna.—«¿Quién sabe?—decían ellas—, quizás estos trapillos, colocados oportunamente, sirvan de reclamo a algún rico mayorazgo o algún viejo capitalista, que nos extienda su mano y nos saque de esta angustiada situación. ¿Sería acaso por mal este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que le usáramos en Madrid?—No, a fe mía—respondían todas—; y si no ahí están Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia, por fuerza las ha de tomar por excelencias, o cuando menos señorías; pues lléveme el diablo si sus padres son otra cosa que un portero de no sé qué grande o un meritorio de no sé qué oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y

servidas, y van a los toros en coche, y en los teatros están abonadas en delantera... No, si no vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán a buscarnos los novios aquí encerradas en este camaranchón. A fe que como decía ayer la vecina madre Claudia, que Dios dijo al hombre, ayúdame y te ayudaré, y el cristal engarzado en oro parece diamante, y el diamante en un basurero parece cristal.

Madre Claudia sabía muy bien las bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas mediaban ya relaciones *extramuros* con tres galanes fantasmas, los cuales luego que descubrieron el buen corazón de la vieja, aprovecharon su mediación para entablar con seguridad su triple correspondencia. Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero los billetes en papel barnizado con cantos de oro; luego las coplas de *fatalidad* y de *ataúd*, más adelante los paquetes de merengues y las sortijas de *souvenir*: las petacas de abalorio, y las cadenitas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona, y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormía la siesta o daba una vuelta al puchero.

Conque tenemos en conclusión, que por este y otros caminos, la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba, por decirlo así, en toda la vecindad, si se exceptúan el alguacil y el viejo memorialista, a los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la acción principal, el verdadero interés de su argumento.

#### IV

### PERIPECIA

Una noche... ¡qué noche!... llovía a cántaros, y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buhardilla de Madre Claudia; rodaban las tejas y caían a la calle con estrépito, envueltas en torrentes de agua; por los ángulos del desván aparecían goteras interminables, cansadas, que llenaban las jofainas, los barreños, las artesas y prometían inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venía a iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonación concluía por hacerla más terrible e imponente.

Rezaba la vieja, y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabría cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba la tormenta, y volvía a rezar y a darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oído andar en la puerta, y retrocedía al mirar su sombra, viendo en ella temblar su espantable figura, a las trémulas ondulaciones del candil.

En esto, un trueno horrísono estalló, y el gato dió un brinco hacia la chimenea, y cayó la luz; y todo quedó en la más profunda obscuridad... La vieja des-pavorida corre a la puerta, a tiempo que ésta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago se ve entrar con precaución a un bulto negro embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detrás de él.

—¡Jesús mil veces!—grita la vieja, y cae en el suelo sin voz ni esfuerzo para decir más.

—Nada tema usted, madre Claudia... soy yo... ¿no se acuerda usted de lo que me prometió para esta noche?...

—En el nombre sea de Dios, señorito; el Señor le perdone a usía el susto

que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del alma.

—Vaya, buena madre, ácese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho.

—¡Ay, señor!; pero con esta noche que parece que va el cielo a juntarse con la tierra... mas cuenta que como estoy toda azorada, ni sé qué hago, ni dónde puse la pajueta.

—A bien que aquí traigo yo el fósforo, y...

—Alabado sea el Señor, Dios nos dé luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga aquí, y endiflaré el candil... pero ¿qué es esto?, ¿usía tiembla también?... Y así era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz a la vieja y mirar su livida faz y desencajada, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.

Encendido ya el candil, restablecida la calma y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que éste porfiaba, y la vieja se hacía de rogar, y aquél juraba, y ésta se refa; y luego sacaba aquél un bolsillo y ésta se ponía a discurrir.

—¿Pero no ve usía, señorito, que me pide un imposible? Yo no diré que ella no le quiera a usía, y mucho, que a mis años y a mi experiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, también tiene su aquel; y si él llegara a sospechar la intención con que por usía he venido a esta casa... ¡Dios nos libre!

—Todo eso está bien—replicó el caballero—; pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo sé, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla...

—Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrión; que no se ganó Zamora en una hora; y para el hierro ablandar, machacar y machacar... No si no aguarda la breva en Enero y verás si cae.

—¡Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar! ¿Pues no me digiste, vieja del diablo, que esta noche?...

—No es esto decirle a usía que yo no ponga de mio hasta donde se me alcance al magín, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad, ni aún de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir a bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero así es el mundo; para unas no basta el só, ni para otras el arre, y muchas conozco yo que no se harían tan remolonas.

—No me vayas a hablar de otras, como sueles, bruja maldita... Yo no he venido aquí a escuchar tus graznidos, ni por todas tus protegidas hubiera subido un solo escalón de esta escalera infernal... Vengo sólo a que me cumplas tu promesa... y ya tú sabes que no tengo cara de que se me hagan en balde.

—Pues a eso voy, señor; ¡cáspita! y qué vivos de genio son estos boquirrublos, y qué...

—Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia...

—Después que una se desvive por servirlos, haciéndose, (como quien dice) piedra de molino, para que ellos coman la harina.

—Pero...

—Ande usted de aquí para allí como un zarandillo, por la gracia del Señor, cuando él le convenga; deje usted su cuarto de la calle de las Huertas, que bien me estaba yo en él sin estos trámpantojos; súbase usted a las nubes como el gavilán, y póngase desde allí en acecho de la paloma... y todo ¿para qué?...

—Tienes razón, Claudia, tienes razón, pero cómo tú me digiste...

—Y ya se ve que lo dije, y no me vuelvo atrás, que bien sé lo que me tengo que hacer, pero...

—Mira, toma lo que llevo conmigo, y esto será nada más que principio de mi eterno agradecimiento: pero por tu vida que hagas porque yo la vea esta noche,



aquí mismo, en tu casa, y... su padre está de guardia, ya ves tú que mejor ocasión...

—¿Y por quién sabe usía todo eso sino por mí?

—Es verdad, dices bien, mucho tengo que agradecerle.

—Quiera Dios que dure, y que a lo mejor no me muestre las uñas.

—No temas, amiga Claudia, mi protectora; mi esperanza; ahora baja, que se va haciendo tarde, y me pesan los momentos [que dilate al mirarla en mi presencia.

—Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo a Dios; pero sobre todo, señorito, me encomiendo a su prudencia y... ¡Ah! mejor será que os escondáis tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline a volver atrás.

—Bien, bien, como queráis, madre mía.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó a bajar pausadamente la escalera, y llegada a la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienas a causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese a su buhardilla, donde la pondría unos parches de alcanfor, que la remediasen, con que la prometió que la había de dar las gracias; y la inocente creyó al pie de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de paso a su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta cuidando de cubrir con ella a su cómplice; vuelve entonces a cerrar, y éste ya descubierto se arroja precipitado a los pies de la joven, y la renueva con los más vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignación privaron por un momento a la niña del uso de la voz; después lanzó una mirada suplicante a la vieja, la cual con su diabólica sonrisa la dió a conocer lo que podía esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galán quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre desalada a la puerta, hace saltar los cerrojos y aparece en lo alto de la escalera gritando: «Favor, vecinos, favor...»

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demás habitaciones, y mientras los más próximos acuden a preguntar a la niña, se oye acerca un estrepitoso ruido de un hombre armado de pies a cabeza que subía los escalones cuatro a cuatro, gritando desafortadamente...

—«Mi hija... mi hija... ¿Quién me la ofende?...»

A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas a madre Claudia hasta plantarla de rodillas a sus pies, en tanto que el galán anónimo había tenido por conveniente escapar por el tejado...

El zapatero, que subía a este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita, mira escapar a su esposa de la buhardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que él también tenía por qué callar; en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejón de las esteras hay tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos; y súbito el alguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante, corren a verificar su captura, a tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas gritando que no los maten que no son los facciosos, sino sus novios, que a falta de otro sitio estaban hablando con ellas en el callejón.

El químico, que desde su chiscon observaba aquel embrollado caos, no halla otro medio para poner término a semejante escena, que reunir multitud de mistos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañón, y a su horrisono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tendero con su hija; el memorialista y el cesante con los chicos; estos agarrados de la vieja; las niñas de sus galanes; el zapatero de

la viuda; la ribeteadora del químico, y el alguacil de la valenciana, gritando:  
«Favor a la justicia, dejadme a esta pecorilla que es el cuerpo del delito...»

V

## DESENLACE

Ocho días eran pasados, y el alguacil, en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio había hecho desocupar toda la casa y colocado a la vieja en una buena reclusión: el tendero había cerrado su almacén y caminaba con su hija hacia las montañas de Santander; las niñas de la viuda, por disposición de ésta, trabajaban entre vidrieras bajo la dirección de *Madama Tul-Bobiné*; el zapatero había apaleado a su mujer y estaba en la cárcel; y ésta se había colocado bajo la protección del químico; y finalmente, la valencianita alquilaba un cuarto entresuelo calle de los Jardines, y al tiempo de extender el recibo daba por fiador... al alguacil.

(Enero de 1838.)



¡EUREKA!



**CALZADO WALK-OVER**  
Nicolás M.<sup>a</sup> Rivera, II. Madrid

**POR SEIS PESETAS**  
puede adquirir un magnífico  
**FILTRO "ARSO"**  
de un rendimiento de 24 litros  
al día, en la fábrica  
**Prim, 7, (Barrio de Doña**  
**Carlota) Puente Vallecas**

# HALADIN

El mejor líquido para  
limpiar los metales  
De venta en droguerías.

Suaviza el cutis.  
**ALCOHOLATO**  
Lo mejor para fricción.  
**ALCOHOLERA**  
Carmen, 10

**Atención.** Si los vasos capilares no funcionan bien, el cabello se seca y se desprende, produciéndose rápidamente la calvicie. Esto se evita estimulando el funcionamiento de dichos vasos, bulbos y glándulas sebáceas, lo que se logra aplicando el agua **La Flor de Oro**, sin rival para la conservación del cabello.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

## No compre V.

relojes, joyas o artículos de óptica sin antes ver precios y modelos en **La Vasco-Castellana**.—Fernando VI, 9.

## FOTOGRAFIA BIEDMA

**CALLE DE ALCALÁ, 23**  
Teléf. M-730-Hay ascensor

## MONARCH

La máquina de escribir más moderna.—La que mayores perfeccionamientos reúne.  
**REPRESENTANTE: ANTONIO LINARES**  
PEZ, 2. MADRID

# LOS ANIMALES

Hemos lanzado a la publicidad una interesantísima colección infantil única donde se describen de manera amena las costumbres de las fieras y los animales salvajes y el modo de cazarlos. Esta colección se divide en **24 cuadernos** bellamente ilustrados en tricolor, consagrando cada uno de ellos a un animal diferente.—El jueves próximo aparecerá

## EL LOBO

**Precio del cuaderno: 20 céntimos**  
No se acepta el pago en sellos.—Pídanse a **Corresponsales** y a esta **Administración, Galvo Asensio, 3.**—Madrid

## Las grandes empresas de teatro

acuden siempre, para presentar con absoluta propiedad las obras,  
a adquirir los muebles, tapices y objetos de arte, al

**PALACIO U HOTEL DE VENTAS. ATOCHA, 34.**

# La novela TEATRAL

**El Director general**

Comedia en tres actos, de  
**Elilio Mario y Domingo de Santoval**

publicará mañana domingo

**VEINTE céntimos**

# LA NOVELA TEATRAL

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA



El advenimiento de los grandes poetas a la escena española, nos inclina a rendir un fervoroso culto al **Teatro Poético**. En su consecuencia, pues, después de haber publicado las obras selectas de Villaespesa, Alarcón, Godoy, Edmundo Rostand, etc., y en breve las de Cristóbal de Castro, y Marquina, vamos a lanzar a la publicidad desde nuestra popularísima **NOVELA TEATRAL** los dramas inmortalés de

## José Zorrilla

**El Zapatero y el Rey**  
- - **Sancho García** - -  
**El Alcalde Ronquillo**  
**El puñal del Godo**  
**La mejor razón la espada**

El prestigio del primero de los poetas españoles, la intensidad dramática de las obras, unido al espíritu cultural de nuestros lectores, habrán seguramente de coronar con éxito nuestro apostolado.

**El Zapatero y el Rey, aparecerá el 8 de Junio**

Oficinas y  
Talleres de

**PRENSA POPULAR**

propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral y Friné.**—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3, Madrid.